

# Crisis en familia

## Síntomas de agotamiento de la solidaridad familiar

Lucía Martínez Virto  
*Universidad Pública de Navarra*



**FUNDACIÓN FOESSA**  
FOMENTO DE ESTUDIOS SOCIALES  
Y DE SOCIOLOGÍA APLICADA

## 1. Introducción

Como se ha venido diciendo en otros informes precedentes que abordan, al igual que éste, el estudio de las situaciones de integración y exclusión social, el acceso a los escenarios de bienestar no viene sólo definido por tener un empleo y una seguridad y estabilidad económica que garantice la subsistencia de las familias o por el reconocimiento de unos derechos sociales y el compromiso garante del estado de bienestar al desarrollar los diferentes sistemas de protección social. Un tercer pilar asienta las situaciones de integración y éste se construye sobre las redes sociales y la solidaridad de las familias. Estas redes de ayuda se convierten en este espacio en un agente de integración y bienestar, y el papel que juegan se define, especialmente, por la capacidad que, en momentos de dificultad, pueden tener para prevenir y compensar las situaciones de vulnerabilidad de sus familiares. Por el contrario, su inexistencia o conflictividad podría contribuir a acentuar la gravedad e incluso *cronificarla*.

Existen distintas configuraciones en materia de bienestar y regulación del mercado laboral que pueden conformar contextos más o menos integradores. En escenarios donde el desarrollo de las políticas sociales es más limitado las necesidades sociales son enfrentadas con apoyos y otros recursos de carácter informal (Gallie y Paugam, 2000). Por tanto, el reconocimiento de esta estructura social en la promoción del bienestar es especialmente cardinal en países como España, donde el desarrollo de mecanismos de compensación públicos ha sido limitado, el empleo ha perdido capacidad integradora y las redes informales han asumido gran parte de la responsabilidad en las tareas de cuidado (Castel, 1997, Esping-Andersen, 1999). En estos casos, el vínculo social actúa como instrumento que redistribuye los recursos y compensa las situaciones de dificultad y exclusión.

El análisis de la protección que ofrecen las familias se ubica en un escenario temporal complejo. Las transformaciones ya iniciadas hace casi tres décadas en la estructura y la tipología de las relaciones informales comenzaban a cuestionar el papel de la familia en la gestión del bienestar. Este cuestionamiento estaba definido por una progresiva individualización de las dinámicas de relación en los hogares, por el acceso de las mujeres al mercado de trabajo, por el cambio en la tipología de las familias, el número de miembros o el modelo demográfico (envejecimiento de la población, reducción de la tasa de natalidad, hogares de menor tamaño, formas de convivencia alternativas al modelo tradicional etc.). No obstante, ante una crisis prolongada, el modelo de solidaridad tradicional resultaba cardinal como amortiguador de las necesidades. Por contra, la ausencia de redes, las disfunciones de algunas de ellas, o la sobrecarga familiar podrían ser los factores que determinen una menor capacidad de resistencia de los hogares a las situaciones de dificultad (Moreno y Mari-Klose, 2013).

Las familias en España han ocupado un espacio relevante, y ampliamente analizado, en el ámbito académico. Su importancia está definida, especialmente, por un contexto más excluyente en materia de empleo y protección social donde las limitaciones del espacio económico y político han venido siendo compensadas, tradicionalmente, por las familias. En este sentido, el papel fundamental que las familias mediterráneas vienen ejerciendo en la provisión de bienestar y en la garantía y asentamiento de las situaciones de integración social ha sido demostrado en numerosos trabajos previos, tanto a nivel teórico como empírico (Sarasa y Moreno, 1995). No obstante, los cambios sociales mencionados (procesos de individualización, nuevas formas de familia o la extensión de las dificultades en el marco de la crisis) podrían estar debilitando la capacidad de contar con el tradicional apoyo familiar.

Los estudios sobre el primer impacto de la crisis confirmaban que la solidaridad familiar continuaba activa a pesar de algunos de estos cambios (Cantó, 2010; Laparra y Pérez, 2011; Meil, 2011). A partir de la EINSFF09 pudimos ver cómo las familias estaban convirtiéndose en un amortiguador fundamental de la crisis y del desempleo, compensando algunas situaciones de privación y dificultad, y previniendo el desarrollo de itinerarios de descenso a los espacios

de la exclusión. Por tanto, en un inicio, estas realidades de incertidumbre se habrían visto más amortiguadas en los hogares que poseen una sólida red de apoyo, por lo que las dinámicas de solidaridad intrafamiliar podrían estar actuando, al igual que lo han hecho a lo largo de la historia mediante la satisfacción de muchas necesidades primarias, como un factor fundamental en la provisión de bienestar de las personas. Esta protección familiar no solo resulta imprescindible como “colchón” ante las situaciones de dificultad, sino que su cobertura alcanza una “multiprotección” que acoge elementos como el apoyo económico, residencial o la ayuda emocional, entre otras. Sin embargo, a pesar de este innegable papel, estudios como Laparra y Pérez (2012) comenzaban a constatar que, tras varios años de crisis económica, el recurso tradicional de la solidaridad familiar como soporte básico para enfrentar los problemas sociales comenzaba a mostrar ciertos síntomas de sobrecarga y agotamiento.

En Encuesta Foessa 2013 (EINSFF13) tenemos la oportunidad de ver cómo se han intensificado estos procesos de exclusión social por efecto de la combinación del empeoramiento del mercado de trabajo, los límites de las políticas de protección al desempleo, la implementación de medidas de recorte en materia de protección y por la posible pérdida de capacidad de ayuda de las redes sociales.

El objetivo de este paper es conocer cómo han evolucionado las formas de gestión de la crisis y la capacidad de ayuda en las familias. Para ello se atenderá, por un lado, a la identificación de los hogares que no cuentan con ayuda a través de la incidencia de las situaciones de aislamiento y conflicto social en las diferentes dimensiones de la exclusión social, así como, de las características sociodemográficas de estas personas. Con ello se pretende identificar a aquellos colectivos que por no contar con ayuda familiar podrían estar en las situaciones de mayor vulnerabilidad. Por otro lado, el texto se centrará en aquellos hogares que cuentan con ayuda a través de la capacidad que manifiestan tener para recibir y suministrar ayuda, cómo y quiénes son estos hogares, así como, las implicaciones que contar o no contar con apoyos tiene en la gestión familiar de la crisis, en las estrategias familiares y en los costes derivados de la extensión de las situaciones de dificultad. Con todo ello se trata de identificar el papel que juega la solidaridad familiar como colchón de la crisis y comprobar si comienzan a constatare o no los síntomas de agotamiento.

## **2. La ausencia de ayuda, un factor de exclusión**

Las redes de solidaridad colectiva han sido, desde las sociedades más remotas, una garantía para la supervivencia y mantenimiento del grupo. Evidencia de ello es el reconocimiento que sociólogos clásicos como Durkheim (1893), Weber (1956) o Simmel (1908) hacen del vínculo social como un lazo que, por un lado, puede promover dinámicas solidarias y empáticas que en momentos de necesidad actuarían como apoyos en la búsqueda de cohesión y estabilidad social. Por otro lado, también puede impulsar el aislamiento y la fragilidad social a partir de relaciones conflictivas u hostiles. Sustentada en estos paradigmas clásicos, la identificación del espacio social y relacional como un pilar fundamental que, junto al económico y político, promueve el acceso a las situaciones de integración ha sido ampliamente analizada en la literatura europea (Paugam, 2004; Levitas, 2006; Laparra *et al*, 2007). La combinación del acceso a estos diferentes espacios a través de las relaciones que los hogares mantienen con los diferentes agentes de bienestar (el mercado, el estado y la familia), definirán las situaciones de exclusión e integración de éstos (Evers, 1988). En este sentido, la exclusión social vendría, a nivel social, por el aislamiento resultante de la ausencia de redes sociales, de la sobrecarga de éstas, de su incapacidad de ofrecer ayuda o de la existencia de relaciones sociales inadecuadas asociadas a escenarios de conflictividad social y familiar.

Sin embargo, frente a las situaciones de dificultad, ni todos los hogares tienen las mismas posibilidades de desarrollar trayectorias de inclusión, ni todos responden del mismo modo a las



necesidades. La capacidad y voluntad de respuesta en momentos de dificultad se encuentra determinada por las dinámicas familiares y por la posibilidad de encontrar u ofrecer ayuda. Por tanto, disponer de una red de apoyo informal puede resultar clave para prevenir caídas a situaciones de exclusión o escenarios de mayor dificultad, mientras que por el contrario, aquellos hogares aislados, en situación de conflicto social o sin apoyos serían más vulnerables.

En un primer acercamiento a las formas de gestión de las necesidades se constata que tres de cada cuatro hogares en España en el año 2013 han manifestado tener ayuda en momentos de necesidad (75,1%). Por el contrario, el porcentaje de hogares que no la tiene es casi de un 25% del total. Esta variable ha sido creada a partir de los hogares que señalaban en la EINSFF<sup>1</sup> (2013) que recibían o habían recibido ayuda en algún momento de necesidad por un lado, y aquellos que no la tenían por otro.

**Tabla 1. Hogares que manifiestan tener o no tener ayuda por espacios de exclusión, 2013**

	Total	Integración plena	Integración precaria	Exclusión moderada	Exclusión severa	Total
No tiene ayuda	24,9	31,7	45,9	13,4	9,0	100
Si tiene ayuda	75,1	38,7	39,5	13	8,8	100
Total	100					

Fuente: EINSFF 2013 (total de hogares)

Como se puede observar en la tabla, los mayores niveles de ayuda se concentran en los hogares integrados, entre los hogares en integración plena y precaria alcanzan a casi el 80% de los hogares que tienen ayuda cuando la necesitan. Por el contrario, los hogares excluidos representan algo más del 20%. En relación a aquellos que no tienen ayuda se observa que el peso de los hogares con dificultades se incrementa de manera considerable, entre ellos estarían los hogares en situación de integración precaria, aquellos excluidos moderados y los que están en situaciones de alta exclusión. Si bien es cierto que la intensidad de las dificultades podría variar en uno u otro grupo, estos tres espacios podrían tener en común la necesidad de pedir ayuda para resistir a la crisis y, en este caso, no poder contar con ella. De este total de hogares que no tienen ayuda, el 45,9% estarían en integración precaria, el 13,4% en exclusión moderada y el 9% serían excluidos severos. Sin embargo para comprender las razones por las que los hogares no tienen ayuda es importante atender la posible vinculación existente entre las situaciones de aislamiento o conflicto social con la pérdida de apoyos y relaciones.

## 2.1. Procesos de exclusión social ¿causa o efecto del aislamiento y el conflicto social?

En una perspectiva general de los resultados de esta EINSFF13 no se observan visos de empeoramiento de las relaciones sociales, sino que la calidad de éstas se mantiene, e incluso mejora en algunas cuestiones como la frecuencia o el tipo de relación que se mantiene. Este hecho constata que a pesar del incremento de las dificultades, el capital social de los hogares españoles permanece activo (Cáritas, 2014).

<sup>1</sup> Véase pregunta H80A y H80B en el cuestionario de la EINSFF (2013).

Existe una amplia tradición, sobre todo impulsada desde la sociología francesa, en identificar la estrecha vinculación que existe entre el desarrollo de procesos de exclusión como el del empleo, por ejemplo, con el deterioro o la pérdida de relaciones sociales (Paugam, 1994). En un contexto de alta tasa de desempleo cabría, por tanto, pensar en un gran deterioro de las relaciones sociales. No obstante, los resultados demuestran que si bien vivir situaciones de aislamiento social y conflicto incrementa las posibilidades de desarrollar algunos procesos de exclusión, en 2013 se reducen los costes que procesos de exclusión como la pérdida del empleo o la pérdida de la vivienda tienen en materia relacional.

En la siguiente tabla se recogen, por un lado, las implicaciones que estar en situación de conflictividad y aislamiento social tiene en el desarrollo de los procesos de exclusión en materia de empleo, pobreza o consumo, exclusión política, educativa, vivienda o salud. Por otro lado, la incidencia de los diferentes procesos de exclusión en vivir situaciones de aislamiento o conflicto.

**Tabla 2. Relación entre las diferentes dimensiones de la exclusión social**

	Incidencia de las situaciones de CS/AS en los procesos de exclusión (total hogares en CS/AS)						Incidencia de los procesos de exclusión en situaciones de CS/AS (total hogares con procesos de exclusión)					
	Conflicto social			Aislamiento social			Conflicto social			Aislamiento social		
	2007	2009	2013	2007	2009	2013	2007	2009	2013	2007	2009	2013
Exclusión del empleo	26,2	41,4	59,2	14,6	14,7	22,4	8,4	10,6	9,6	7,1	3,8	3,9
Exclusión económica/Pobreza extrema	4,4	3,3	8,4	1,8	4,1	3	9,5	8,5	10,6	5,9	10,8	4,1
Exclusión política	30,6	29,8	16,8	14,6	17,1	18,6	11,7	9,1	7,3	8,5	5,2	8,8
Exclusión de la educación	23	13	15,2	5,4	13,9	8,9	11	6,8	10,3	3,9	7,5	6,6
Exclusión de la vivienda	37,9	34,9	46,1	32,7	22,1	26,4	9,4	10,7	10,1	12,6	6,8	6,2
Exclusión de la salud	27,3	24,7	39,4	13,2	19,4	24,8	11,9	14,2	11,9	9,3	11,2	8,1

Fuente: EINSFF 2007 y 2013 (total de hogares)

Tal y como se constata en la primera de ellas, la exclusión en el empleo se ha incrementado entre 2007 y 2013 en los hogares en situación de conflicto y aislamiento social. En el primero de los casos, se observa un incremento de más del doble (26,2%-59,2%). Es decir, 6 de cada 10 hogares en conflicto social están afectados por la exclusión del empleo. En un contexto de expansión de las dificultades laborales en todos los grupos, las personas con determinados comportamientos socialmente estigmatizados quedan, en su mayoría, fuera de juego. Por otro lado, las situaciones de aislamiento aumentan en 7,8 puntos porcentuales (14,6%-22,4%), una incidencia lógicamente menor.

Por tanto, los resultados constatan que la exclusión en el empleo se incrementa en las personas en conflicto social y aislamiento. Este importante impacto en materia de exclusión laboral en estos colectivos parece poner de manifiesto que el capital social continúa siendo un importante factor de empleabilidad, tanto para acceder a un empleo como para prevenir las situaciones de pérdida.

Si bien la relación con el ámbito laboral es reseñable, también lo es la exclusión del ámbito sanitario. Los hogares en situación tanto de conflicto como aislamiento social que además viven procesos de exclusión sanitaria aumentan, con respecto a 2007, en 12pp. (27,3%-

39,4%), y del 13,2% al 24,8%, respectivamente. Este aumento de casi el doble de hogares aislados que viven procesos de exclusión sanitaria y de los que están en conflicto social puede deberse, por un lado, a que son hogares cuentan con menos recursos de apoyo que amortigüen los recortes en salud y por otro, tal y como se observará posteriormente, a un mayor riesgo de estas personas a padecer problemas de salud mental y/o adicciones como consecuencia de las situaciones de dificultad social y/o desempleo. Como se ha observado en Martínez-Virto, *et al*, (2014), los efectos del copago en los medicamentos parecen constatar en el aumento de los índices de privación farmacéutica. Igualmente, los efectos en materia de recortes en atención, pagos de ayudas a la dependencia o las listas de espera en los servicios de atención especializados parecen tener más implicaciones en los hogares aislados y en situación de conflicto social.

Esta tendencia a que tanto las situaciones de conflicto como las de aislamiento se vinculen al aumento de los procesos de exclusión se invierte en otros ámbitos como el de la exclusión residencial. En este caso se produce, entre 2007 y 2013, una reducción de 6,3 puntos (32,7%-26,4%) en los hogares aislados que contrasta con incremento de casi 10pp. (37,9%-46,1%) en aquellos hogares en conflicto social. Los procesos de exclusión residencial, generalmente vinculados a la pérdida o al riesgo de perder la vivienda podían estar siendo compensados, tal y como se constataba en informes anteriores como Laparra y Pérez (2011, 2012), a través de diferentes estrategias de reagrupación familiar, apoyo económico para prevenir impagos, e incluso, otras alternativas en la prevención de la pérdida de vivienda como el alquiler compartido o el subalquiler de habitaciones. Estas estrategias de actuación ante situaciones de riesgo o pérdida de vivienda parecen tener cierta relación con el apoyo familiar, debido a que entre 2007 y 2013, los hogares en conflicto, que previsiblemente no podrían contar con estos apoyos, ven incrementada esta tipología de exclusión. Por otro lado, la reducción de los aislados podría explicarse por el aumento general de hogares que han desarrollado procesos de exclusión residencial en estos últimos años, lo cual disminuye la proporción de aislados en este espacio.

En la parte derecha de la tabla, la lectura es inversa, en lugar de comprobar si las situaciones de aislamiento y conflictividad inciden en el desarrollo de procesos de exclusión, se observa si los procesos de exclusión aumentan o reducen las situaciones de aislamiento y conflicto. Por tanto, continuando con el análisis residencial, se observa que en esta dimensión se reduce a la mitad en 2013, con respecto a 2007 (de 12,6% a 6,2%) en los aislados, mientras que aumenta ligeramente en los que tienen conflicto. La reducción de aislados por motivos residenciales podría deberse al ya mencionado incremento de hogares que han perdido la vivienda. Por tanto, el aumento de los hogares en exclusión residencial hace reducir la proporción de aislados. Por otro lado, el ligero aumento de las situaciones de conflictividad podría constatar algunos de los costes que podrían desarrollarse como consecuencia de los procesos de acogimiento y reagrupación familiar. Ello es debido a que pueden contribuir, por un lado, a la sobrecarga de los hogares que acogen, y por otro, al incremento de situaciones de tensión y conflictividad en los hogares donde conviven múltiples núcleos (Lasheras, *et al*, 2012).

Igualmente, el impacto de las situaciones de exclusión del empleo en materia de aislamiento social se reduce del 7,1% en 2007 al 3,9% en 2013. La explicación iría en la línea de la comentada en el párrafo anterior. La menor traducción del desempleo en el aislamiento social se debe a que se ha producido un aumento de los hogares sin empleo que no ha ido de la mano de un incremento del aislamiento en iguales dimensiones.

En la siguiente tabla se puede observar de nuevo, aunque en este caso para los hogares en exclusión severa, si las situaciones de conflicto y aislamiento social dan lugar a mayores procesos de exclusión social o si el desarrollo de procesos de exclusión incrementa el conflicto social y el aislamiento.



**Tabla 3. Relación entre los procesos de exclusión social y las situaciones de conflictividad y aislamiento social en los hogares en situación de exclusión severa**

	Incidencia de las situaciones de CS/AS en los procesos de exclusión (total hogares en CS/AS)				Incidencia de los procesos de exclusión en situaciones de CS/AS (total hogares con procesos de exclusión)			
	Conflicto social		Aislamiento social		Conflicto social		Aislamiento social	
	2007	2013	2007	2013	2007	2013	2007	2013
Exclusión del empleo	47	79,9	18,2	72,5	43,8	22,8	9	11,8
Exclusión económica/Pobreza extrema	9,6	22,9	11,4	14,6	9,5	13,8	5,9	5,2
Exclusión política	44,6	28,9	11,4	38,8	56,1	18,5	7,6	14,2
Exclusión de la educación	24,4	29,4	22,7	7,8	46,5	27,6	23,3	4,2
Exclusión de la vivienda	65,9	68,3	61,4	69,6	40,6	19,6	20,1	11,3
Exclusión de la salud	50,6	58,7	27,3	62,7	48,8	22,8	14,5	13,9

Fuente: EINSFF 2007 y 2013 (hogares en exclusión severa)

Según se evidencia, las tendencias son similares a lo mencionado para los hogares en general, solo que en este caso, los hogares en exclusión severa demuestran índices de exclusión, conflicto y aislamiento más intensos. Si atendemos a la incidencia que las situaciones de conflicto y aislamiento tienen en el desarrollo de los procesos de exclusión social se observa que el conflicto y el aislamiento incrementan de manera importante las posibilidades de verse afectado por el desempleo, por la pobreza severa, por la exclusión en salud y por la exclusión residencial.

En relación a los hogares excluidos severos en conflicto social se observa un aumento de los procesos de exclusión en el empleo de 32,9pp. entre 2007 y 2013, en relación a la pobreza el aumento es de más del doble (9,6%-22,9%), en materia sanitaria la exclusión se incrementa en 8,1pp. (50,6%-58,7%), y en exclusión residencial en 2,4 pp. (65,9%-68,3%). Por otro lado, las situaciones de aislamiento en los hogares severos han multiplicado por 4 los procesos de exclusión laboral (18,2%-72,5%), incrementa en 3,2 puntos porcentuales las situaciones de pobreza (11,4%-14,6%), triplica la exclusión política (11,4%-38,8%), aumenta en 8,2pp. la residencial (61,4%-69,6%) y duplica la exclusión sanitaria (27,3%-62,7%). Es decir, el espectacular incremento, entre los años 2007 y 2013, de los procesos de exclusión laboral evidencia que las situaciones de conflicto y aislamiento aumentan aún más las posibilidades de verse afectado por la pérdida del empleo. En esta misma línea, el aislamiento y el conflicto también contribuyen a incrementar la pobreza económica, la exclusión sanitaria y la residencial. Todo ello constata que, de manera más intensa en los hogares excluidos, el capital social juega un papel fundamental en la prevención de estos procesos.

Según la tabla de la derecha, que muestra la incidencia de los procesos de exclusión en vivir situaciones de conflicto y aislamiento, entre el años 2007 y 2013, los procesos de exclusión en el empleo (43,8%-22,8%), en la dimensión educativa (46,5%-27,6%), en la residencial (40,6%-19,6%) y en la sanitaria (48,8%-22,8%) reducen a la mitad el riesgo de caer a una situación de conflicto social. Esta reducción es aún más aguda en la exclusión política (56,1%-18,5%). La única dimensión en la que se produce un aumento de hogares severos en conflicto social es en la pobreza económica, donde se incrementa entre 2007 y 2013 del 9,5% al 13,8%. Estos resultados son diferentes en relación a los efectos que estos procesos tienen en la caída a situaciones de aislamiento. Por un lado se reduce ligeramente en la dimensión de pobreza (5,9%-5,2%) y sanidad (14,5%-13,9%), y de manera intensa en la educativa (23,3%-4,2%) y

residencial (20,1%-11,3%), mientras que aumenta ligeramente en la exclusión del empleo (9%-11,8%) y se duplica en la política (7,9%-14,2%). Es decir, si bien en el análisis de los hogares generales el desarrollo de procesos de exclusión en el empleo en 2013 no parecía suponer un aumento de las situaciones de aislamiento social, en el caso de los hogares en exclusión severa, las tesis que defienden que la pérdida del empleo trae consigo un aumento del aislamiento social, se ven respaldadas en los hogares de alta exclusión.

Por tanto, a grandes rasgos se constata que si bien el desarrollo y la normalización de los procesos de exclusión en materia residencial o laboral no ha supuesto un incremento de las situaciones de aislamiento, los hogares que partían de situaciones de conflictividad y aislamiento social han demostrado desarrollar más procesos de exclusión en materia sanitaria, laboral o residencial. Esta evolución, tal y como se ha constatado en la tabla 3 anterior, es más intensa en los hogares en exclusión severa, los cuales demuestran que las situaciones de conflicto social y aislamiento duplican y cuadruplican, respectivamente, el desarrollo de procesos de exclusión laboral entre 2007 y 2013. En definitiva, si el aumento generalizado de procesos de exclusión en materia laboral, sanitaria o residencial, entre otras, no parece traducirse en un incremento de las situaciones de aislamiento y conflicto entre 2007 y 2013, carecer de capital social tiene implicaciones en el desarrollo de estos procesos de exclusión. Por ello, este papel que juegan las relaciones sociales en la prevención y contrarresto de algunas situaciones de exclusión arroja luz sobre la importancia de contar con el capital social.

## 2.2. No tener ayuda y necesitarla es un síntoma de vulnerabilidad

Una de las principales potencialidades de la sociedad española es que, a pesar de la crisis y los cambios en las familias que han podido producirse en los últimos años, la solidaridad informal permanece activa, y ello se constata en que tres cuartas partes de la sociedad española tienen ayuda si la necesitan. Sin embargo, este hecho no debe ocultar que uno de cada cuatro hogares no cuenta con ayuda, y las posibilidades de tenerla o no tenerla no son ajenas a las características de los hogares.

### – Los varones, de 45-54 años, con estudios bajos o medios

En la siguiente tabla se puede observar la incidencia de las diferentes características socio demográficas en la posibilidad de tener o no tener ayuda en momentos de necesidad. Según estos resultados se observa una mayor incidencia en los hogares con sustentador principal varón en los que no tienen ayuda (26,2%) mientras que el porcentaje femenino se sitúa en el 22,2%. En relación a la edad de la persona sustentadora principal se observa que son los hogares jóvenes los que más ayuda reciben, mientras que el 27% de los de 45-54 no la tienen. Los niveles de estudios superiores parecen contribuir a tener más ayuda, y son los hogares con niveles educativos más bajos los que tienen menos ayuda. Esto es señalado por el 28,2% de las personas analfabetas y por el 24,7% de las personas sin estudios primarios obligatorios.

### – Los hogares encabezados por mayores de 65 años y pensionistas no reciben ayuda

Al igual que estas características tienen más incidencia en los hogares sin ayuda, también lo tienen los hogares con sustentadores de más de 65 años, con pensionistas, en los que convive alguna persona de más de 65 años o algún miembro con discapacidad. No tener ayuda es señalado por el 26,6% de los hogares sustentados por personas de más de 65 años, por el 27% de los hogares pensionistas, así como, por el 27,1% y el 24,8% de los hogares donde conviven personas mayores de 65 años con pensiones de vejez y personas con discapacidad con pensiones de invalidez. En este sentido, los hogares con pensionistas estarían siendo en



esta crisis los menos ayudados. La razón de ello no se debería a una falta de solidaridad con estos núcleos, sino que, como se comprobará más adelante, las pensiones están siendo un contrarresto fundamental a la pérdida de ingresos de muchos hogares.

**– Los hogares monoparentales y los ocupados excluidos tienen menos apoyos**

Dentro de la diversidad de tipologías de hogares, aquellos con una sola persona adulta son los que menos ayuda reciben. Este hecho es señalado por el 26,8% de los hogares monoparentales. Igualmente, casi uno de cada cuatro ocupados y parados lo hace. Ello evidencia que, con relación al total de los hogares, estar ocupado o desempleado no altera la ayuda recibida por los hogares. Esto podría deberse a que estar parado ya no es, tal y como se ha visto anteriormente, un factor que incrementa el riesgo de aislamiento. Por otro lado, tampoco estar ocupado es un factor que evita el necesitar apoyos (lo señalan 3 de cada cuatro hogares ocupados). Por ello, en un contexto de desempleo prolongado el paro ha perdido poder de aislamiento y el empleo capacidad de integración y protección social. Estos niveles se mantienen en relación a los hogares excluidos con parados, que ven reducido en un punto su incidencia en los hogares sin ayuda (23,4%). En los ocupados, por el contrario, aumentan al 25,5%. Por tanto, a niveles generales los hogares con ocupados o parados no parecen tener comportamientos diferentes pero en los hogares excluidos, los porcentajes se separan ligeramente, y aumentan los ocupados excluidos sin ayuda mientras que se reducen los hogares excluidos con parados que no tienen ayuda.

**– Los hogares de origen extranjero, los que menos ayuda reciben**

Si en términos generales tres cuartas partes de los hogares tienen ayuda en momentos de necesidad, esta distribución se reduce, considerablemente, en los hogares extranjeros extracomunitarios. En este caso, tres de cada 10 extranjeros no tendrían ayuda cuando la necesitan. Este valor, referente al total de hogares en 2013, aumenta cuando se trata de atender a los hogares excluidos. En este espacio se identifica una pérdida de ayuda en los hogares extranjeros de 3 puntos porcentuales. Por el contrario, las personas españolas o con nacionalidad de la EU-15 y los hogares de etnia gitana señalan poder contar con ayuda. En este último caso, lo manifiestan 8 de cada 10 hogares españoles de origen étnico gitano, lo cual evidencia las potentes redes de solidaridad informal que mantiene esta comunidad.

Por todo ello, a modo de resumen, según estos datos, son los hogares encabezados por varones, de 45-54 años, con bajo o medio nivel educativo los que menos ayuda reciben. Además de estas características, también demuestran tener menos apoyos los hogares monoparentales y aquellos de origen extranjero extracomunitario. Por otro lado, las pensiones parecen ser un elemento que limita la ayuda recibida, pero lo hacen, fundamentalmente, por no necesitarla. Además de estas características aumenta, ligeramente, en los hogares excluidos sin ayuda aquellos que están encabezados por mujeres, por personas de 30-44 años, y con niveles educativos bajos (sin estudios o primarios). Así mismo, es importante señalar el aumento de la incidencia de los hogares unipersonales en la población excluida que no tiene ayuda. Si en la muestra total los hogares unipersonales sin ayuda representan el 22,4%, en los excluidos es manifestado por el 33,2% de los hogares unipersonales, es decir, 10 puntos superior a los no excluidos. Este hecho ocurre igualmente en los hogares excluidos que no tienen ayuda donde hay alguna persona ocupada (25,5%) y en los de nacionalidad extranjera extracomunitaria (34,3%). Por todo ello, vivir en un hogar encabezado por un hombre, de más de 45 años y con niveles educativos bajos son los rasgos más extendidos en los hogares sin ayuda, excluidos o no excluidos. Además, en el caso de los excluidos, ser de origen extranjero, vivir con algún miembro ocupado o ser un hogar unipersonal incrementa las posibilidades de no tener apoyos. Por tanto, estas características podrían definir a aquellos hogares más vulnerables debido a que, ante situaciones de necesidad, no tienen ayuda.

Tabla 4. Incidencia de la población que tiene o no tiene ayuda según distintas características

	2013		Excluidos 2013		Total muestra (% vertical)
	No tienen ayuda	Si tienen ayuda	No tienen ayuda	Si tienen ayuda	
Varón	26,2	73,8	26,6	73,4	66,8
Mujer	22,2	77,8	23,2	76,8	33,2
Menos de 30 años	11,4	88,6	11,2	88,8	6,6
30-44 años	23,1	76,9	24,9	75,1	24,4
45-64 años	27,0	73,0	26,2	73,8	39,4
65 o más	26,5	73,5	31,4	68,6	29,6
Analfabeto	28,2	71,8	27,6	72,4	2,5
Sin estudios obligatorios	24,7	75,3	30,1	69,9	26,4
Secundaria obligatoria	28,2	71,8	24,4	75,6	31,8
FP, bachiller	23,0	77,0	20,6	79,4	25,7
Universitarios	20,1	79,9	19,2	80,8	13,2
Trabajando	24,6	75,4	27,8	72,2	49,7
Buscando empleo	19,6	80,4	21,0	79,0	11,2
Pensionista	27,0	73,0	31,0	69,0	25,7
Persona sola	22,4	77,6	33,2	66,8	19,5
2-4 miembros	25,4	74,6	23,3	76,7	73,3
5 o más miembros	26,3	73,7	24,6	75,4	7,3
Monoparental	26,8	73,2	20,8	79,2	14,2
Ancianos de +65	27,1	72,9	31,4	68,6	34,8
Menores de 18	22,2	77,8	20,6	79,4	28,8
Jóvenes 18-24	21,8	78,2	20,9	79,1	20,8
Algún ocupado	24,7	75,3	25,5	74,5	62,6
Algún parado	24,5	75,5	23,4	76,6	30,1
Alguna persona con discapacidad	24,8	75,2	28,6	71,4	17,6
Españoles (con UE15)	24,2	75,8	23,8	76,2	88,4
Extranjeros	31,6	68,4	34,3	65,7	9,2
Gitanos españoles	21,8	78,2	16,8	83,2	2,4

Fuente: EINSFF 2013 (% horizontal sobre el total de hogares y hogares en exclusión severa)

### 3. Tipos de ayuda: unidireccional o recíproca

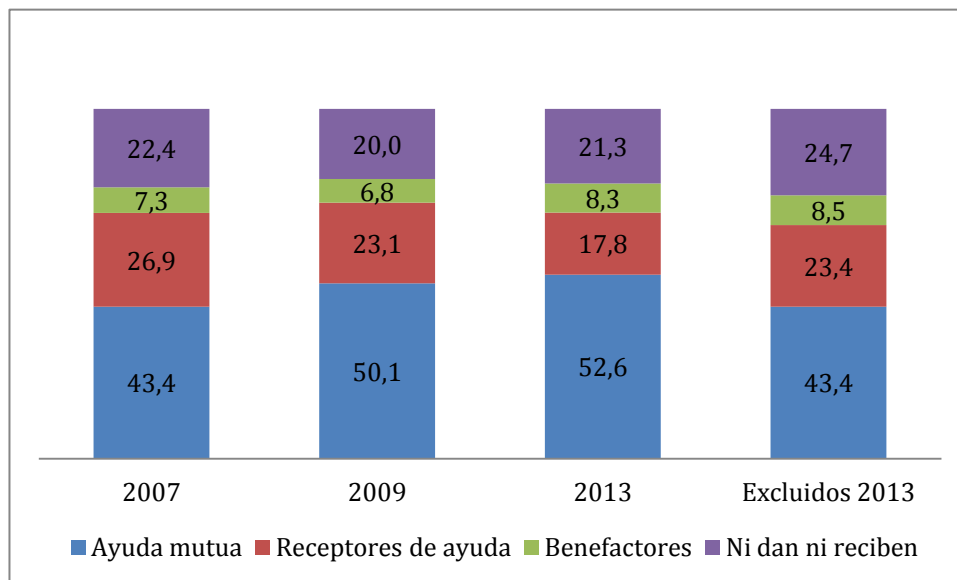
Hasta el momento se ha mostrado una fotografía de aquellos hogares que representan a un cuarto de la muestra total y que no cuentan con ayuda. En un escenario como el español, donde la solidaridad familiar es un pilar cardinal para acceder a situaciones de integración, especialmente en contextos de inestabilidad económica como el actual, los hogares sin apoyos son, sin duda, aquellos que en momentos de dificultad se encuentran en situación de mayor vulnerabilidad social, de ahí la necesidad de atender a su identificación. Tras esta aproximación es interesante conocer las diversas posiciones que toman los hogares en la relación a la ayuda desarrollada en la crisis. Para ello se identifican 4 tipos de hogares. En primer lugar, aquellos que se ofrecen *ayuda mutua*, es decir, que brindan ayuda a otros hogares y también ellos la reciben si la necesitan. En segundo lugar, aquellos *receptores de las ayudas externas*, debido a que reciben ayuda si la necesitan pero no la dan. En tercer lugar, los hogares *benefactores* que suministran ayuda a otros núcleos pero ellos no la reciben. Por último, los hogares que *ni tienen ni dan ayuda*, bien porque nunca la han necesitado o porque no cuentan con redes de apoyo. En este último caso, un elemento diferenciador con la categoría general de hogares con o sin ayuda anteriormente presentada es que, los cuatro tipos de situaciones respecto de la relación de ayuda se construyen a partir de preguntas referidas a la realidad en la que se encuentran en el momento de hacer la encuesta, mientras que en el caso anterior se atendía también a aquellos casos que en algún momento de necesidad habían encontrado o encontraban ayuda<sup>2</sup>.

El siguiente gráfico ofrece una primera foto en la que se refleja la tendencia de estos 4 tipos de hogares. En general se observa cómo han aumentado ligeramente los hogares que reciben algún tipo de ayuda, pero lo que más claramente se ve es que la ayuda mutua es la que más incidencia tiene con respecto al resto de ayudas, así lo muestra más de la mitad del total de hogares en 2013 (52,6%), con un incremento de 9,2 puntos entre 2007 y 2013. Por otro lado, el tipo de situación menos extendida en 2013 es aquella en la que un hogar da ayuda pero no la recibe, es decir, los hogares benefactores (8,3%). No obstante este porcentaje sobre el total de hogares aumenta en un punto porcentual en relación a 2007.

<sup>2</sup> Véase preguntas H80B y H81B en el cuestionario de la EINSFF (2013).



**Gráfico 1. Evolución de los hogares en relación a la ayuda que reciben y/u ofrecen, respecto al total de hogares**



Fuente: EINSFF 2007 y 2013 (%total de hogares y total hogares excluidos)

Por otro lado, se observa una reducción del porcentaje total de hogares que solo reciben ayudas y de aquellos que ni las dan ni las reciben. Ésta es especialmente reseñable en el primero de los casos, donde se reduce en más de 9 puntos porcentuales los hogares que en 2013 son solo receptores de ayudas.

Con respecto a la posición que toman los hogares excluidos (en situación moderada y severa) en la relación a las formas de ayuda señalada se observa una diferencia de importante en relación a la tipología “receptores de ayudas”, es decir, aquellos que reciben pero no la ofrecen. En estos hogares el porcentaje es casi seis puntos superior al relativo al total de hogares.

Por tanto, los resultados señalan que se reduce el porcentaje de hogares que no dan ni reciben ayuda y de aquellos receptores de las ayudas externas, mientras que se incrementan los benefactores y aquellos que manifiestan ofrecerse ayuda mutua. El aumento de los hogares que cuentan con una persona que les apoye en momentos de necesidad es una evidencia del incremento de las situaciones de necesidad de ayuda. Sin embargo, este aumento de casi 10 puntos porcentuales en aquellos hogares que reciben y ofrecen ayuda de manera recíproca, en relación a otros incrementos en materia de exclusión laboral o económica, parece apuntar a que el aumento de dar y recibir ayuda no se ha producido en la misma intensidad que lo han hecho las situaciones de dificultad. Los síntomas de solidaridad familiar e incremento de las dificultades que se producen a nivel general se observan en dicho aumento de la ayuda recíproca y en una disminución importante de los hogares que solo reciben ayuda y no la dan. Sin embargo, en los hogares excluidos, esta tipología está presente en casi uno de cada cuatro hogares, lo cual es una evidencia de su nivel de necesidad y su escasa capacidad de ofrecer ayuda.

**Tabla 5. Proporción de hogares que dan y/o reciben ayuda en los distintos espacios de la integración a la exclusión**

	2007				2013			
	Integración plena	Integración precaria	Exclusión moderada	Exclusión severa	Integración plena	Integración precaria	Exclusión moderada	Exclusión severa
Ayuda mutua	47,8	33,9	35,3	34,7	59,1	50,2	46,0	38,2
Reciben ayuda	26,8	26,8	15,8	18,8	16,0	16,0	20,8	26,6
Benefactores	4,4	8,1	13,3	6,9	6,0	9,9	7,0	10,5
Ni dan ni reciben	13,8	25,1	31,8	35,1	17,5	22,5	25,2	23,1
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: EINSFF 2007 y 2013 (total de hogares por espacios de exclusión)

La tendencia a incrementar los mecanismos de ayuda mutua como respuesta a las dificultades que genera la crisis está presente en los distintos espacios sociales, pero se hace especialmente visible en los hogares ubicados en los espacios de la integración (13 pp. más en la integración plena y 17 pp. en la integración precaria). Del mismo modo, los hogares plenamente integrados reducen su dependencia de ayudas externas y aumentan su rol de benefactores.

Por el contrario, el recurso a la ayuda de terceras personas aumenta claramente en el espacio social de la exclusión. Los hogares en situaciones de exclusión más moderada lo hacen aumentando el recurso a mecanismos de ayuda mutua e interdependencia (aumenta casi 11 puntos porcentuales) mientras que los hogares en exclusión más severa pueden desarrollar menos ese tipo de estrategias y se sitúan más en la posición de meros receptores (con un aumento de casi 8 puntos porcentuales) y por tanto, se muestran más dependientes, como se ha explicado anteriormente.

En uno de cada 3 casos, los hogares en situaciones de exclusión severa no pueden recurrir a la ayuda externa, lo que sin duda contribuye a agravar las dificultades sociales. La situación de los hogares integrados que no recurren a ayudas es también importante, pero tiene otro significado muy distinto: no recurren porque no lo necesitan. En ambos casos, tal y como se observa en la tabla, los niveles porcentuales son bastante similares, incluso se produce un acercamiento entre los espacios de integración y exclusión en el año 2013 que podría explicarse por un incremento general de la ayuda recibida y ofrecida. No obstante, es precisamente en los espacios de exclusión severa y moderada donde se sitúan en 2013 los porcentajes más elevados, un 25,2 % y un 23,1% respectivamente.

El debilitamiento de los lazos sociales es, por concepto, una dimensión sustancial de la exclusión social, y efectivamente eso se traducía ya antes de la crisis en una menor presencia de las redes de ayuda en el espacio de la exclusión. El efecto de la crisis ha hecho que estas diferencias se intensifiquen y las dificultades de ciertos sectores para recurrir al apoyo de otras personas ha agravado los procesos de exclusión.

A este riesgo de contar con menor capacidad de ayuda se le suma un impacto de la crisis que, si bien también es extensible a los espacios de integración, ha sido más intenso y prolongado en los espacios excluidos. Este hecho también evidencia en la tabla 6, donde el incremento de casi 10pp. observado anteriormente en los datos totales referentes a los hogares que se ofrecen ayuda mutua se debe a que quienes más han desarrollado la ayuda recíproca son los hogares ubicados en el espacio de la precariedad, la exclusión moderada y la severa, mientras que se produce una reducción entre 2007 y 2013 de los hogares integrados que se dan ayuda mutua (del 55,6% al 47,8%) debido, previsiblemente, a que tienen menor necesidad de pedir apoyos.

En esta misma línea, el porcentaje de hogares en integración plena y precaria receptores de ayudas se reduce entre los años 2007 y 2013. La disminución es importante en los integrados, debido a que cae del 50,2% al 33,7%, y más reducida, solo en 2 puntos porcentuales, para las familias en integración precaria. Por el contrario, en el espacio de la exclusión aumenta más del doble los hogares en exclusión moderada (del 6,4% al 15,5%) que solo reciben ayuda y se triplican los excluidos severos (del 4,4% al 13,4%). Por todo ello, al observar cómo evoluciona el tipo de ayuda recibida en los diferentes espacios de la exclusión se constata que se incrementan los hogares excluidos que dependen de ayudas mientras que los ubicados en los espacios de integración reducen esta dependencia. Sin embargo esta lectura no debe ocultar que los hogares en exclusión severa también han visto incrementada en 6 puntos (del 5,7% al 11,3%) la ayuda ofrecida a otros núcleos, lo cual evidencia que este aumento de la necesidad de pedir ayuda también tiene, siempre que pueda ofrecerse, síntomas de solidaridad entre los diferentes hogares.

**Tabla 6. Proporción de los hogares en cada relación de ayuda, según su nivel de integración / exclusión**

	2007				2013				Total
	Integración plena	Integración precaria	Exclusión moderada	Exclusión severa	Integración plena	Integración precaria	Exclusión moderada	Exclusión severa	
Ayuda mutua	55,6	30,8	8,8	4,8	42,1	39,8	11,6	6,5	100
Reciben ayuda	50,2	39,3	6,4	4,2	33,7	37,4	15,5	13,4	100
Benefactores	30,5	43,9	19,9	5,7	27,1	50,2	11,3	11,3	100
Ni dan ni reciben	31,1	44,2	15,4	9,3	30,7	43,9	15,7	9,7	100

Fuente: EINSFF 2007 y 2013 (total de hogares por tipología de ayuda)

Por último, se observa un ligero descenso de los hogares integrados que ni dan ni reciben ayuda (del 31,1% al 30,7% en el caso de los integrados y del 44,2% al 43,9% en los precarios) que podría estar vinculado a que en un contexto de mayores dificultades han ofrecido más ayuda, mientras que se produce ligero incremento de aquellos hogares en exclusión moderada y severa que no cuentan con ayuda en momentos de necesidad (más 0,3 pp. en ambos casos entre 2007 y 2013).

En definitiva, la mirada por espacios de la exclusión evidencia dos conclusiones fundamentales. La primera de ellas es que los hogares excluidos han visto incrementados sus niveles de dependencia a ayudas externas y por tanto son más vulnerables ante el riesgo de que la pérdida de ayuda se produzca. En segundo lugar, que uno de cada 3 hogares afectados por procesos de exclusión severa no reciba ayuda de ninguna persona pone de relieve la importancia de las políticas públicas en la cobertura de las necesidades sociales. Si no cuentan con suficiente apoyo público, estos hogares aislados y sin apoyos en momentos de necesidad podrían vivir las situaciones de dificultad más intensas.

### 3.1. ¿Quién ofrece ayuda? ¿Quién la recibe? Análisis de los diferentes grupos sociales

Al igual que se hiciera anteriormente con aquellos hogares sin ayuda, resulta interesante atender al perfil de hogares que más las desarrollan, así como, a la incidencia de las diferentes características socio-demográficas en cada una de las diversas posiciones que toman los hogares en la relación ésta. Estos resultados pueden observarse con mayor detalle en las tablas 8 y 9, referidas a la distribución e incidencia de las características de los hogares por forma de relación de ayuda.



**– Los hogares encabezados por hombres pierden capacidad de ayudar, pero las mujeres dependen más de ayudas**

En la tabla 7 podemos comprobar la evolución y el peso de las diferentes características de los hogares en las diferentes posiciones en torno a las formas de ayuda. A partir de estos datos se puede comprobar el perfil de los diferentes hogares que manifiestan cada relación de ayuda. Entre los años 2007 y 2013, se reduce la ayuda en los hogares encabezados por un varón, y más intensamente, en aquellos que ofrecen ayuda mutua (77,5%-65,8%) y en los hogares benefactores (78,9%-69%). Por el contrario, se incrementan de manera considerable los hogares encabezados por mujeres que ofrecen ayuda mutua (22,5%-34,2%) y en aquellos benefactores (21,1%-31%). Este resultado también es observado en la Tabla 8, donde aumenta la incidencia de los hogares encabezados por mujeres en 2013 en las posiciones de ayuda mutua y de benefactores. En el primer caso, el aumento con respecto a 2007 es de 17 puntos (del 37,2% al 54%). Sin embargo, en relación a los hogares excluidos, el sexo parece perder incidencia a la hora de determinar una u otra relación de ayuda, y tanto en hombres como en mujeres se incrementan los hogares excluidos que reciben ayuda pero no la ofrecen (23,9% y 22,5% respectivamente). Por tanto, entre los años 2007 y 2013 se constata, por un lado, una pérdida de capacidad de ayuda de los hogares encabezados por un varón, y por otro, una mayor incidencia de las mujeres en los hogares con ayuda recíproca y, especialmente, en aquellos hogares que reciben ayuda pero no la ofrecen.

**– Los jóvenes son los más dependientes, y los pensionistas los que más ayudan**

Con respecto a la edad, se constata un aumento de 2 puntos en aquellos hogares encabezados por sustentadores de menores de 30 años, y un descenso en el resto de relaciones de ayuda, por lo que se identifica una pérdida real de la capacidad de ayudar de los hogares jóvenes y una tendencia ascendente en su dependencia de las ayudas externas. Por otro lado, si bien también los hogares de 30-44 años han reducido ligeramente tanto la ayuda recibida como la ofrecida, se observa una reducción a casi la mitad de hogares encabezados por sustentadores menores de 44 años que son benefactores de otros hogares, evidenciando que son uno de los hogares que han perdido mayor autonomía, debido a que en 2007, un 34,4% de estos hogares apoyaba y no recibía ayuda a cambio, mientras que actualmente solo lo hace el 18,3%. Este descenso podría ser interpretado bien por una reducción de su capacidad para dar ayuda o porque, aunque apoyen, ahora también necesitan ayuda. Por el contrario, los hogares encabezados por personas de 45-64 años aumentan en 13 puntos su rol de benefactores (29,4%-42%) y los encabezados por mayores de 65 se incrementan en las 4 tipologías de ayuda. Por tanto, apoyan en 2013 más que en 2007. Estos resultados se ven reflejados igualmente en la tabla 8, los menores de 30 son el grupo de edad que más incidencia tiene en los hogares que solo reciben ayuda (26,6%) mientras los mayores de 65 años son los que más la ofrecen bajo la categoría de benefactores (15%). El impacto de la crisis ha hecho precisamente que sean los jóvenes el único grupo que ha crecido entre los receptores de ayuda entre 2007 y 2009 (del 21,8% al 26,6%).

**– Tener formación da autonomía: los hogares con bajos niveles educativos son los que más dependen de ayudas externas**

Si atendemos al nivel educativo de las personas principales del hogar, los principales cambios entre 2007 y 2013 se observan en los hogares con formación secundaria y universitaria. En el primero de los casos, se duplica su rol de benefactores (14,8%-35,2%) y en el caso de los universitarios, si bien el nivel más alto de formación no garantiza unas mayores capacidades de ayudar, se constata un aumento de autonomía con respecto a otros hogares, debido a que se reduce en 16 puntos porcentuales los hogares encabezados por universitarios que dependen de ayudas externas (27,9%-11,8%). Por tanto, tener formación superior incide, como también refleja la tabla 8, en la ayuda ofrecida. Ésta alcanza al 61,7% de estos hogares en la ayuda

mutua y al 15,3% en los hogares que no dan ni reciben ayuda. Por el contrario, la población sin estudios es el mayor grupo entre los hogares que solo reciben ayuda (22,3%).

**– Tener un empleo no aumenta la ayuda ofrecida y tampoco exime de necesitarla**

En relación a la actividad de los hogares, la reducción en el total de los tipos de ayuda evidencia que estar trabajando en el año 2013 limita la ayuda que ofrecen con respecto a 2007, una evidencia de la pérdida de capacidad económica de los hogares a pesar de tener empleo. Este resultado se ve respaldado por los últimos datos ofrecidos por la Encuesta de Estructura Salarial del INE (2012), a partir de los cuales se constata que un 12,25% de las personas asalariadas cobra el salario mínimo interprofesional (641€ al mes), el doble que en el año 2004 (6%). Esta misma encuesta identifica que la bajada de salarios no se debe solo a un aumento de las jornadas parciales, sino que afecta a un 1,52% de los asalariados a tiempo completo, por lo que estos datos no hacen sino constatar que el empleo pierde capacidad de integración, al menos, en relación al salario.

Por el contrario, las pensiones parecen proteger más que algunos empleos, hay más pensionistas que dan ayuda, destacando el incremento del 25,7% al 38,8% en los hogares benefactores. Igualmente es reseñable el aumento de la dependencia de ayudas externas ofrecidas por las familias o redes sociales de los hogares en desempleo, donde se multiplica por 10 entre 2007 y 2013 (2,8%-22,3). Por tanto, se observa que estar trabajando no permite ofrecer ayuda en los términos que los que se manifestaba en 2007, la prolongación de las situaciones de desempleo hace que estos hogares multipliquen por 10 su dependencia a ayudas familiares y que las pensiones son un apoyo en muchos hogares. La incidencia de los hogares que están trabajando en 2013 (tabla 8), por tanto, es mayor que la de los pensionistas en la tipología de “receptores de ayuda” (17,1% frente al 12,1%). En los hogares excluidos el empleo, sin embargo, aumenta su incidencia en la tipología de “benefactores” (un punto superior con respecto al total de hogares), así mismo, son los que en mayor porcentaje se ubican en los hogares que no dan ni reciben ayuda (27,3%), por lo que el empleo parece asociarse a recibir menos ayuda en los hogares excluidos, mientras que no lo es en la muestra total de hogares de 2013.

**– Los hogares unipersonales integrados son más benefactores, los excluidos unipersonales más dependientes y los numerosos son los que más ayudan, especialmente en la exclusión**

En cuanto al tamaño del hogar se observa un incremento de la ayuda que ofrecen los núcleos unipersonales, siendo especialmente reseñable que la dependencia a otros núcleos el aumento de 5,6 puntos porcentuales en relación a la figura de benefactores (12,6-18,2%). En esta misma línea, los hogares de 5 o más miembros ofrecen más ayuda, los cuales también viven un incremento casi por 5 en la modalidad de benefactores (2%-9,4%). Con respecto a las tipologías mencionadas, los hogares de 2-4 miembros son los que manifiestan los porcentajes más elevados de ayuda, sin embargo, son valores que se ven reducidos, en mayor medida que los anteriores, especialmente en relación a la figura de benefactores, que disminuye en 13 pp. (85,4%-72,4%). En relación a la incidencia, los hogares unipersonales son los más representados en las formas de ayuda no recíproca debido a que solo reciben ayuda el 23,2% y ni la dan ni la reciben el 19,9%. Este valor aumenta en más de 10 puntos porcentuales en los hogares excluidos que ni dan ni reciben ayuda, por lo que vivir solo y ser excluido incide en no dar ni recibir ayuda, un hecho asociado, probablemente, a la ausencia de lazos. Por el contrario, los hogares de más de 5 miembros excluidos inciden más en las formas de ayuda mutua y benefactores, debido, probablemente, a que han vivido en su domicilio algunas situaciones de reagrupación, una modalidad de ayuda que también puede contemplarse a la hora de manifestar si se ofrece o no apoyo.



**– Las pensiones ejercen de amortiguador, los ocupados y extranjeros pierden capacidad de dar ayuda**

Con relación a las características de los hogares destaca que los monoparentales se han visto más que duplicados entre 2007 y 2013 en la modalidad de no dar ni recibir ayuda (6%-14,6%), así como, los hogares con menores y jóvenes ven incrementados ligeramente los niveles de ayuda que reciben y que ofrecen. Lo mismo ocurre con los hogares con mayores de 65 años y personas con discapacidad, donde el aumento en la modalidad de benefactores es de 9,6 puntos (34,1%-43,7%) y se duplica (12,6%-23,9) respectivamente, poniendo de nuevo de manifiesto que las pensiones han incrementado su potencial integrador. No obstante, en relación a este aspecto cabrá matizar que muchas de las cuantías de estas prestaciones son muy bajas, por lo que aunque se ofrezca ayuda, los efectos pueden tener importantes costes en los hogares pensionistas. Por último, los hogares con ocupados ven reducida la dependencia de otras ayudas (72,8%-59,5%) mientras que los parados manifiestan un incremento (12,6%-23,9%). Aún así, los porcentajes de ayuda que reciben unos y otros hogares son significativos. A pesar de la reducción, entre el 50% y el 60% de la ayuda recibida se asientan en los hogares con ocupados, mientras que solo el 30% aproximadamente es manifestado por los parados. Esta misma lógica se mantiene si se atiende al origen étnico, entre en 80% y 90% de la ayuda recibida y suministrada se asienta en los hogares españoles, si bien cabe matizar que su peso en la muestra es mayor, y los niveles más reducidos se vinculan a los hogares extranjeros y de etnia gitana. En el caso de los extranjeros se observa una reducción significativa de la ayuda que ofrecen, menos 2 puntos en aquellos que se ayudan mutuamente y una disminución a la mitad de los hogares extranjeros benefactores (22%-11,3%). En el caso de los gitanos la ayuda que reciben aumenta ligeramente y también se produce una reducción a la mitad de la ayuda que ofrecen bajo la figura de benefactores (6,1%-3,4%).

En esta línea, la tabla 8 destaca que estar ocupado (54,1%) y de nacionalidad española (53,5%) es la razón que más pesa para ser un hogar de ayuda mutua. Por otro lado, en los hogares receptores de ayuda, incide el hecho de que alguna persona del hogar esté parada (21%), que haya menores o algún joven (20,8% y 19,1%, respectivamente), así como, ser de etnia gitana (19%). En los hogares que solo dan ayuda pero no la reciben son protagonistas los que conviven pensionistas con discapacidad (11,2%) o mayores de 65 años (10,5%). Por último, en aquellos que ni se da ayuda ni se recibe, los hogares con parados (22,5%), monoparentales (21,7%) y de origen extranjero demuestran ser los que menos ayuda reciben, así como, los que también tienen la ofrecen menos. En este caso, la incidencia de este grupo aumenta de manera reseñable si además de ser hogares monoparentales, de origen extranjero o con parados son excluidos.

En definitiva, podríamos concluir que a pesar de que los niveles de ayuda más altos mostrados en la tabla 7 se ubican en el perfil de hogares encabezados por varones, de 45-64 años, con formación de FP o bachiller, trabajando, en núcleos de 2-4 miembros con algún ocupado, de etnia mayoritaria y residentes en barrios con buenas condiciones, se producen cambios significativos entre 2007 y 2013. Entre ellos destaca el incremento de la ayuda que ofrecen los hogares con pensiones y la pérdida de capacidad de ayuda de los hogares con ocupados y de origen extranjero. En este sentido, también cabe destacar que aumentan los hogares encabezados por mujeres, jóvenes, de 5 o más miembros, con menores o jóvenes de entre 18 a 24 años y con algún parado que dependen de ayudas externas y no pueden ofrecerla. Igualmente, aumentan los hogares excluidos que dan y reciben, pero hay más jóvenes, más menores, menos ancianos, más familias de 5 o más miembros, más personas con discapacidad y más personas en paro en esta tipología.



**– En los hogares excluidos, el empleo previene la dependencia de ayudas externas**

La tipología de hogares ofrecida a partir de la foto general nos indica matices si atendemos a las características de los hogares excluidos. Con esta muestra, las diferencias entre el sexo del sustentador principal, la edad, el nivel de estudios o el tamaño de los hogares se reducen, destacando que la muestra de hogares encabezados por jóvenes menores de 30 u hogares de 30-44 años, de bajos niveles educativos, desempleados, de 5 o más miembros, monoparentales, con menores o jóvenes convivientes, con parados, personas con discapacidad o extranjeros y etnia gitana que viven en entornos degradados es reseñable en los hogares excluidos.

A partir de estas características se identifica que los hogares excluidos encabezados por mujeres son más numerosos en los hogares que se dan ayuda mutua (37,1%), en los dependientes (34,8%) y en aquellos que no pueden ofrecerla ni la reciben (37,2%), mientras que en los hogares benefactores destacan los varones (67,9%). En cuanto a la edad de los sustentadores principales, los menores de 30 excluidos incrementan su necesidad de depender de ayudas externas (2 puntos porcentuales más que con respecto al total de hogares) mientras que, al igual que ocurría en el caso anterior, los pensionistas excluidos incrementan su rol de benefactores (27,2%). Este resultado también se ve respaldado en aquellos hogares que conviven con algún mayor de 65 años y/o alguna persona con discapacidad, que lo manifiestan en un 32,5% y 30,9%, respectivamente. En relación a la ocupación de la persona principal, el empleo también previene la dependencia de los hogares excluidos (26,7%), mientras que el desempleo aumenta esta dependencia (63,2%). En esta misma línea, son los hogares excluidos con menores los que más ayuda reciben, que alcanzan el 44,7% en relación a los que se dan ayuda mutua y un 44,5% en cuando a la dependencia de ayudas. Por otro lado, es elevado el porcentaje de hogares cuyo sustentador principal es analfabeto (4,3%), está buscando empleo (42,9%), hogares de 5 o más miembros (14%), hogares con parados (65,9%), hogares extranjeros (24,1%) y de hogares que viven en entornos degradados que no reciben ni ofrecen ayuda. Estos niveles se duplican en relación al total de hogares que lo manifestaban en 2013, un resultado que arroja luz sobre una tipología de hogares con visos de aislamiento que pueden estar sufriendo niveles muy intensos de privación.

Estos resultados también se ven reflejados en la tabla 8, donde se constata una mayor incidencia de los hogares con pensionistas en ofrecer ayuda y un mayor peso de los hogares encabezados por mujeres, menores de 30, con parados, con menores o jóvenes, unipersonales y de etnia gitana en aquellos que reciben ayuda. No obstante, la presencia de extranjeros, en los hogares excluidos que no dan ni reciben ayuda permite intuir que la ausencia de apoyos y redes hace más vulnerables a estos hogares ante las situaciones de exclusión social.

Tabla 7. Distribución de la población entre los 4 espacios por relación de ayuda recibida/ofrecida según distintas características.

	2007				2013				2013 Exclusión severa y moderada			
	Ayuda mutua	Receptores de ayudas	Benefactores	Ni dan ni reciben	Ayuda mutua	Receptores de ayudas	Benefactores	Ni dan ni reciben	Ayuda mutua	Receptores de ayudas	Benefactores	Ni dan ni reciben
Varón	77,5%	67,9%	78,9%	71,9%	65,8%	65,1%	69,0%	69,3%	62,9%	65,2%	67,9%	62,8%
Mujer	22,5%	32,1%	21,1%	28,1%	34,2%	34,9%	31,0%	30,7%	37,1%	34,8%	32,1%	37,2%
Menos de 30 años	11,0%	7,7%	4,5%	10,4%	7,1%	9,9%	2,7%	4,3%	10,7%	11,9%	2,5%	6,8%
30-44 años	26,2%	31,8%	34,4%	29,9%	24,0%	26,9%	18,3%	25,4%	30,3%	28,9%	34,0%	31,6%
45-64 años	40,2%	39,7%	29,1%	31,8%	38,8%	38,2%	42,0%	40,9%	41,9%	45,7%	36,4%	44,4%
65 o más	22,6%	20,8%	32,0%	27,8%	30,2%	24,9%	37,0%	29,4%	17,1%	13,5%	27,2%	17,1%
Analfabeto	,9%	0,0%	1,4%	1,0%	2,1%	3,1%	4,6%	1,9%	4,5%	5,4%	9,3%	4,3%
Sin estudios obligatorios	30,6%	27,9%	38,1%	28,5%	26,8%	25,5%	27,7%	25,9%	29,5%	24,9%	32,1%	32,8%
Secundaria obligatoria	26,3%	21,2%	14,8%	22,3%	28,6%	33,3%	35,2%	38,0%	32,8%	45,1%	35,2%	40,7%
FP, bachiller	26,6%	23,0%	27,6%	26,2%	26,8%	25,8%	20,8%	24,4%	23,9%	18,2%	16,0%	16,6%
Universitarios	15,7%	27,9%	18,1%	22,0%	15,3%	11,8%	10,8%	9,4%	8,6%	6,1%	4,9%	4,9%
Trabajando	72,1%	79,3%	63,9%	70,8%	58,5%	56,8%	52,0%	57,2%	42,8%	26,7%	42,1%	41,9%
Buscando empleo	3,0%	2,8%	10,5%	3,4%	10,1%	22,3%	9,0%	13,4%	39,0%	63,2%	32,5%	42,9%
Pensionista	24,9%	17,9%	25,7%	25,8%	31,3%	20,9%	38,9%	29,4%	18,2%	10,1%	25,4%	15,3%
Persona sola	15,7%	21,0%	12,6%	29,5%	18,2%	25,4%	18,2%	18,2%	14,4%	18,4%	25,2%	23,0%
2-4 miembros	78,1%	73,9%	85,4%	65,0%	74,7%	67,5%	72,4%	74,5%	69,5%	70,0%	59,5%	63,0%
5 o más miembros	6,2%	5,2%	2,0%	5,5%	7,1%	7,1%	9,4%	7,4%	16,1%	11,7%	15,3%	14,0%
monoparental	10,7%	14,9%	12,2%	6,0%	14,3%	12,0%	19,0%	14,6%	22,5%	16,8%	22,2%	16,2%
con Ancianos de +65	30,7%	29,7%	34,1%	30,6%	35,3%	29,1%	43,7%	35,1%	21,7%	16,6%	32,5%	23,0%
menores de 18	27,9%	33,0%	16,3%	29,3%	28,6%	33,7%	20,5%	28,8%	44,7%	44,5%	33,3%	38,8%
jóvenes 18-24	19,1%	21,3%	14,2%	20,1%	21,2%	22,5%	16,6%	20,6%	31,1%	27,9%	24,1%	28,6%
algún ocupado	72,5%	72,8%	65,4%	62,2%	64,5%	59,5%	57,6%	63,1%	53,1%	40,2%	52,5%	50,1%
algún parado	5,7%	5,2%	11,8%	8,0%	27,5%	35,5%	31,3%	31,8%	59,0%	66,7%	46,6%	59,9%
alguna persona con discapacidad	15,1%	9,2%	12,6%	10,4%	17,6%	16,8%	23,9%	15,9%	22,5%	20,4%	30,9%	22,1%
Españoles (con UE15)	89,3%	88,6%	72,0%	81,3%	89,9%	88,3%	85,3%	86,0%	74,7%	76,9%	63,8%	70,1%
Extranjeros	9,5%	9,6%	22,0%	16,3%	7,7%	9,1%	11,3%	11,9%	17,0%	15,7%	28,2%	24,1%
Gitanos españoles	1,2%	1,8%	6,1%	2,4%	2,3%	2,6%	3,4%	2,2%	8,4%	7,4%	8,0%	5,8%
Barrio adecuado	0	0	0	0	82,1%	81,3%	71,9%	81,5%	69,2%	68,8%	61,3%	65,5%
Barrio marginal	0	0	0	0	17,9%	18,7%	28,1%	18,5%	30,8%	31,2%	38,7%	34,5%
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: EINSFF 2007 y 2013 (total de hogares/total de hogares excluidos)

Tabla 8. Incidencia de la población entre los 4 espacios por relación de ayuda recibida/ofrecida según distintas características.

	2007				2013				2013 Exclusión severa y moderada			
	Ayuda mutua	Receptores de ayudas	Benefactores	Ni dan ni reciben	Ayuda mutua	Receptores de ayudas	Benefactores	Ni dan ni reciben	Ayuda mutua	Receptores de ayudas	Benefactores	Ni dan ni reciben
Varón	45,5	24,8	7,8	21,9	51,9	17,4	8,6	22,2	42,8	23,9	9,1	24,3
Mujer	37,2	33,0	5,9	24,0	54,0	18,6	7,7	19,7	44,5	22,5	7,6	25,4
Menos de 30 años	50,2	21,8	3,4	24,6	56,2	26,6	3,3	13,9	49,7	29,9	2,3	18,1
30-44 años	38,9	29,4	8,6	23,0	51,8	19,7	6,2	22,3	43,0	22,2	9,5	25,4
45-64 años	46,6	28,6	5,7	19,1	51,8	17,3	8,8	22,2	42,4	25,0	7,2	25,5
65 o más	40,9	23,4	9,7	26,0	53,5	15,0	10,3	21,2	43,4	18,5	13,5	24,6
Analfabeto	54,5	0,0	13,6	31,8	45,0	22,3	15,6	17,1	38,5	25,0	15,6	20,8
Sin estudios obligatorios	44,8	25,0	8,3	21,9	53,3	17,1	8,7	20,9	43,4	19,8	9,3	27,5
Secundaria obligatoria	49,5	24,4	4,1	22,0	47,0	18,5	9,1	25,4	37,6	28,0	7,9	26,6
FP, bachiller	45,4	24,1	7,0	23,5	55,1	17,9	6,7	20,4	51,6	21,2	6,8	20,4
Universitarios	33,4	36,3	5,7	24,5	61,7	16,1	6,8	15,3	55,0	20,9	6,2	17,8
Trabajando	44,4	28,1	6,0	21,5	54,5	17,1	7,1	21,3	48,9	15,5	8,4	27,3
Buscando empleo	38,4	20,2	20,2	21,2	42,2	29,9	5,5	22,4	38,5	31,7	5,6	24,2
Pensionista	48,1	19,8	7,6	24,5	56,4	12,1	10,3	21,2	50,0	14,0	12,1	23,9
Persona sola	34,1	28,2	4,6	33,1	49,1	23,2	7,7	19,9	34,0	23,4	11,7	30,9
2-4 miembros	45,5	26,6	8,3	19,6	53,7	16,4	8,2	21,7	44,9	24,4	7,6	23,1
5 o más miembros	49,2	25,4	2,7	22,7	51,0	17,1%	10,5	21,4	48,2	18,8	9,1	23,9
monoparental	42,5	36,9	8,1	12,5	52,5	14,9	11,0	21,7	49,9	20,1	9,7	20,4
con Ancianos de +65	43,5	26,1	8,1	22,4	53,3	14,9	10,4	21,5	43,2	17,9	12,8	26,1
menores de 18	42,1	30,9	4,1	22,9	52,1	20,8	5,9	21,3	46,0	24,7	6,7	22,7
jóvenes 18-24	42,4	29,3	5,3	23,1	53,4	19,1	6,6	21,0	46,4	22,4	7,0	24,2
algún ocupado	45,1	28,1	6,8	20,0	54,1	16,9	7,6	21,5	46,8	19,1	9,1	25,1
algún parado	38,0	21,3	13,1	27,6	47,9	21,0	8,6	22,5	42,7	26,0	6,7	24,6
alguna persona con discapacidad	53,4	20,2	7,5	19,0	52,6	17,0	11,2	19,3	43,2	21,1	11,6	24,1
Espanoles (con UE15)	45,0	27,7	6,1	21,2	53,5	17,8	8,0	20,8	44,3	24,6	7,5	23,7
Extranjeros	34,5	21,7	13,3	30,5	44,5	17,8	10,2	27,6	37,9	19,0	12,5	30,6
Gitanos españoles	26,9	23,9	22,4	26,9	50,7	19,0	11,4	19,0	48,6	23,2	9,2	19,0
Barrio adecuado	0	0	0	0	53,3	17,9	7,3	21,5	44,5	23,8	7,8	24,0
Barrio marginal	0	0	0	0	49,5	17,5	12,2	20,8	41,1	22,5	10,2	26,2
Total	43,4	26,9	7,3	22,4	52,6	17,8	8,3	21,3	43,4	23,4	8,5	24,7

Fuente: EINSFF 2007 y 2013 (% horizontal) (total de hogares/total de hogares excluidos)



## 4. Crisis y familia: estrategias de respuesta

Ante las situaciones de crisis y pérdida de capacidad adquisitiva, trabajos precedentes como Budowski (2010), Gutierrez (2005), Laparra y Pérez (2011, 2012) o Martínez-Virto (2014) han identificado las numerosas formas de gestión de los hogares para resistir a los efectos del desempleo y a la pérdida de ingresos. En todos estos análisis, se apuesta por la utilización del concepto de estrategia para atender aquellas acciones desarrolladas por los hogares para contrarrestar sus dificultades cotidianas. No obstante, la utilización de este concepto no está ausente de limitaciones, especialmente, si son alternativas diseñadas sobre la base de contar o no contar con apoyos, tal y como se observa en este análisis.

El reconocimiento de las implicaciones que tiene la capacidad de contar o no con apoyo informal para el desarrollo de alternativas de contrarresto a las necesidades es, según Crow (1989), una de las grandes dificultades en el análisis y utilización del concepto de estrategia. Estas se derivan, principalmente, de la dificultad de identificar las acciones no racionales derivadas de las negociaciones entre las diferentes personas que componen el hogar, de la comprensión de las acciones por las presiones del contexto social, político y económico del hogar, de la consideración de aquellas estrategias que si se prolongan en el tiempo acaban formando parte del *modus operandi* del hogar y, por último, la importancia de diferenciar entre las estrategias que surgen desde la voluntariedad, y aquellas acciones de adaptación y supervivencia que nacen de forma espontánea ante una situación de necesidad inesperada. Cada una de estas cuestiones es fundamental para las aproximaciones teóricas y empíricas que analizan las estrategias desarrolladas en escenarios complejos como el actual. Si bien en este análisis no se hará un abordaje específico de estas cuestiones, entre otras razones por las limitaciones de la encuesta para identificar los aspectos relacionales y decisorios en el diseño de cada estrategia, conviene reconocer estas limitaciones analíticas debido a que son cuestiones que determinan la capacidad que los hogares tienen para enfrentar la crisis y por tanto, refuerzan las tesis presentadas que vinculan al pilar social como un espacio fundamental de integración.

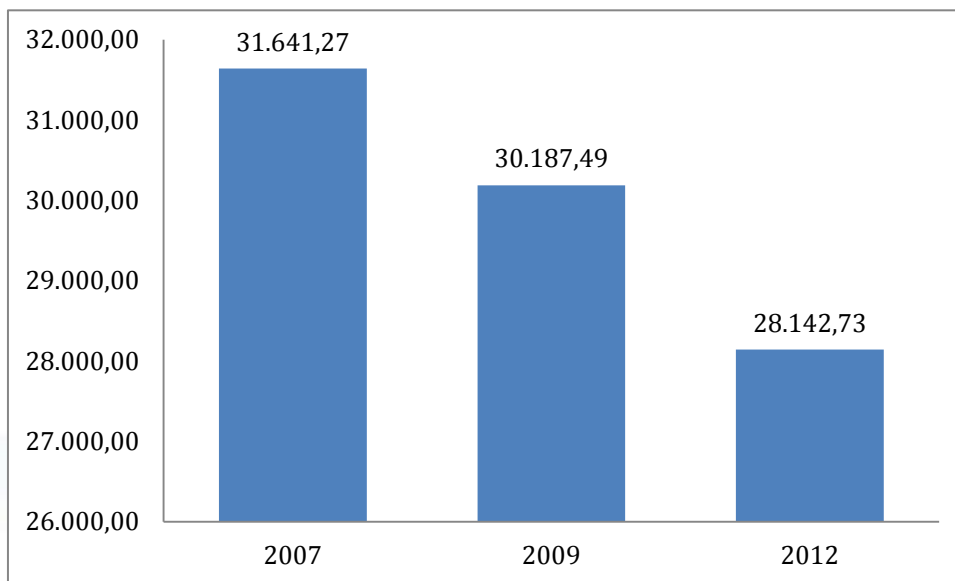
Atender a las respuestas de las familias a contextos de dificultad es un análisis fundamental para comprender la relación entre la capacidad de respuesta y la ayuda recibida. Por ello, a pesar del reconocimiento de estas dificultades analíticas, el conocimiento de la gestión de la crisis en las familias requiere atender a estas acciones.

### 4.1. El impacto de la crisis en las familias: más allá de la pérdida de ingresos

Según los últimos datos de la Encuesta de Presupuestos Familiares (2014) los ingresos medios de los hogares en España se reducen entre 2007 y 2012 de manera relevante. En 2012 el 40,88% de los hogares en España poseen unos ingresos mensuales de 500 a 1499, respectivamente, un porcentaje que en 2007 alcanzaba el 37,3%. Por otro lado, se reducen los hogares que poseen ingresos netos mensuales de 1500 a 2499 euros del 32,9% en 2007 al 29,7% en 2012. Es decir, se reducen en 3 puntos porcentuales de hogares con más ingresos (entre 1500 y 2499 euros) mientras que aumenta 3,5 puntos los hogares que ingresan menos (entre 500 y 1499), evidenciándose una pérdida de la capacidad adquisitiva de los hogares en términos generales y el aumento de las diferencias entre ambos grupos, los cuales suponen 7 de cada 10 hogares en España en 2012. Esta pérdida de ingresos también se constata en la EINSFF donde los ingresos medios fiables de los hogares descienden, progresivamente, desde el año 2007. En ese año fueron de 23.115,88 euros al año, pero ya en 2009 descendieron a 19.695,45€ y en 2013 a 19.344,64€.

La reducción de ingresos en los hogares va lógicamente en consonancia con una reducción del gasto medio en estos. Según la anterior fuente (EPF, 2012), el gasto medio de los hogares españoles en 2007 era de 31.641,27€, una cantidad que se ha visto reducida en un 12% en 2012, debido a que dicha cantidad en este año (28.142,73€) supone el 88% del gasto efectuado en 2007.

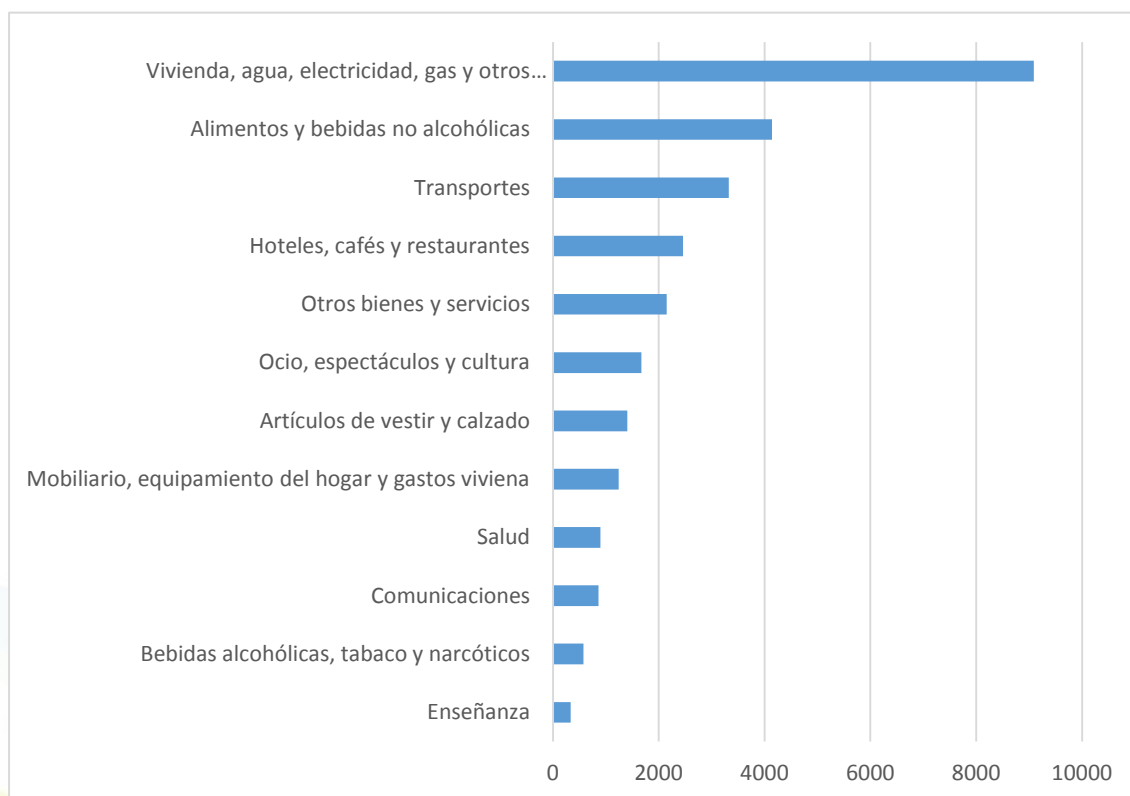
**Gráfico 2. Gasto anual total medio de los hogares en España**



Fuente: Encuesta de presupuestos familiares 2012 (EPF), INE (2014) (En euros/hogar)

Del total del gasto medio de los hogares en 2012 (28.142,73€), el 32,3% ha sido dedicado a pagos relacionados con la vivienda y los suministros (9.089,29€), un 14,7% a la alimentación (4.140,68€) y el 11,7% a transporte. Todos estos gastos implican casi un 60% del presupuesto anual de un hogar, y de este porcentaje, más de la mitad se dedica al mantenimiento de la vivienda.

Gráfico 3. Grupos de gasto anual medio de los hogares en España



Fuente: Encuesta de presupuestos familiares 2012 (EPF), INE (2014). En euros/total de hogares.

Por tanto, el peso de los gastos relacionados con la vivienda supone de media el 32,3% del presupuesto de los hogares españoles. En este sentido, no es de extrañar que la pérdida de capacidad adquisitiva mostrada haya culminado en 362.776 desahucios que, según un estudio de la PAH realizado por Colau y Alemany (2013), se han producido entre 2007 y 2012 como efecto del desempleo y la ausencia de ingresos en muchos hogares.

Los desahucios son la extrema culminación de una situación de dificultad económica prolongada, un elevado peso del gasto residencial en los presupuestos familiares y la falta de apoyos específicos, por un lado, de carácter público a través de ayudas de emergencia que prevengan la pérdida del inmueble o procesos de intermediación hipotecaria que negocien alternativas al lanzamiento sobre la vivienda y por otro, de una pérdida apoyo familiar, bien porque se ha agotado o porque las redes cercanas no disponen de capacidad para rescatar al hogar endeudado. Como efecto de estas realidades, la última Encuesta a Personas Sin Hogar (EPSH, 2012) realizada por el INE cifra en 22.938 el número de personas sin hogar en España en 2012, de este total, el 45% perdió el hogar a causa del desempleo y el 20,9% tras la separación con su pareja. Estas situaciones de dificultad inesperada también se encuentran estrechamente vinculadas a otras problemáticas de salud, adicción o incluso suicidio, como se verá más adelante.

Las consecuencias de la prolongación de las dificultades da lugar, por tanto, a una concatenación de efectos que ya era identificada en los primeros años de la crisis, aunque actualmente, con la extensión de las necesidades, hayan aumentado en número e intensidad (Lasheras, *et al*, 2012). Entre algunos de los ejemplos identificados en el primer impacto de la crisis destacan aquellos hogares que como efecto del desempleo prolongado cayeron en



depresión, redujeron su variedad alimentaria, aumentó su peso, disminuyó su salud física, pidieron moratorias de pagos en las entidades financieras, lo cual aumentó su deuda, e incluso se aislaron al perder relaciones sociales por tener que reducir por completo su gasto en ocio. Estos costes, como se señalará posteriormente, restan capacidad del hogar tanto para resistir como para enfrentar y prevenir futuros procesos de exclusión.

En definitiva, como se ha constatado en este punto, la pérdida de ingresos que han padecido los hogares españoles en los últimos años no solo se ha traducido una pérdida de capacidad adquisitiva y gasto, sino que ha tenido importantes implicaciones en el posible desarrollo de itinerarios de exclusión, especialmente, vinculados a la vivienda.

## **4.2. Estrategias contra la pérdida de ingresos**

Como bien menciona Carbonero (1997), el hogar es el principal agente redistribuidor de la renta y del cuidado, por lo que es en él donde se diseñan las formas de contrarresto a la crisis. El objetivo de estas acciones, identificadas como estrategias, es mantener, contrarrestar o mejorar las condiciones de vida de estos núcleos y prevenir o evitar la caída a situaciones de exclusión más severas. Las estrategias son una respuesta a los obstáculos cotidianos que se ven determinadas, en nivel e intensidad, por las necesidades que vive el hogar y por otro, por la capacidad de encontrar apoyos y recursos, tanto internos como externos, para su desarrollo. Por tanto, la capacidad de desarrollar estrategias y el nivel en el que los hogares compensan las situaciones de necesidad se vincula tanto a la intensidad de las dificultades como a las oportunidades para su diseño y ejecución. En consecuencia, el número de alternativas desarrolladas y su efectividad en el contrarresto de los procesos de exclusión será heterogéneo y dinámico. Sin embargo, a pesar de la especificidad de cada hogar, el desarrollo de todas estas alternativas tiene un elemento común: en crisis prolongadas el tiempo de resistencia va a depender de los apoyos con los que se cuente. Por tanto, en un contexto donde el mercado de trabajo no integra lo suficiente y las políticas sociales han demostrado tener huecos para compensar situaciones sin ingresos prolongadas, tener ayuda o no tenerla definirá la resistencia y la velocidad de los itinerarios de exclusión.

Uno de los primeros análisis centrados en identificar de manera pormenorizada el impacto social de la crisis en los hogares españoles constató la existencia de dos tipos de estrategias (Laparra y Pérez, 2011). Las primeras de ellas fueron denominadas estrategias internas. Éstas surgían como una primera respuesta a la pérdida de capacidad adquisitiva de los hogares y su nombre se debe a que su diseño y gestión venía determinado por decisiones internas al hogar y, por tanto, no dependían de ayudas externas, sino que se definían a partir de los recursos con los que contaba el propio hogar. Entre ellas destacaban las medidas de ajuste y optimización de los gastos en materia de alimentación, ropa y/o calzado, gastos fijos del hogar, otros gastos como teléfono, televisión o internet y, por último, la limitación del gasto destinado a ocio y tiempo libre. Por otro lado se identificaban las estrategias externas como aquellas que requerían del apoyo de agentes externos, bien de carácter público como los servicios sociales, o de ámbito más privado como las ayudas de familiares y amigos/as. Estas estrategias tenían un carácter más intenso en los hogares, debido a que su desarrollo, al no depender exclusivamente del hogar, venía vinculado a mayores necesidades que no podían ser cubiertas simplemente con medidas internas de ajuste presupuestario.

Siguiendo este mismo esquema, en el siguiente gráfico de barras podemos comprobar las diferentes estrategias que los hogares han manifestado desarrollar en el año 2013. Estos resultados señalan que, al igual que en años precedentes, las estrategias de ajuste y optimización del gasto son las más desarrolladas. Entre ellas destaca que 6 de cada 10 hogares han tenido que reducir los gastos en vestido, calzado y actividades de ocio tras la pérdida de ingresos. Asimismo, 5 de cada 10 han reducido los gastos fijos de la casa, teléfono, tv o internet y no puede disfrutar de una semana al año de vacaciones en familia. Igualmente se constata que casi la mitad de los hogares (42,3%) haya reducido la cesta de la

compra, un hecho que probablemente tenga importantes consecuencias en el estado de salud del hogar, debido a que, por ello, podrían darse privaciones básicas que en su carácter más extremo se señalan como pasar hambre, una realidad manifestada por el 3,9% del total de hogares en 2013, un porcentaje que el 2007 solo alcanzaba al 2,6% de los hogares.

Aunque en menores proporciones, pero no por ello menos reseñables, el 21,6% de los hogares ha recurrido a sus ahorros para enfrentar necesidades, el 8,6% ha dejado de pagar compras atrasadas, el 4% de los hogares ha dejado de usar el transporte público, ha renegociado créditos o financiaciones, o ha dejado de comprar medicamentos por motivos económicos.

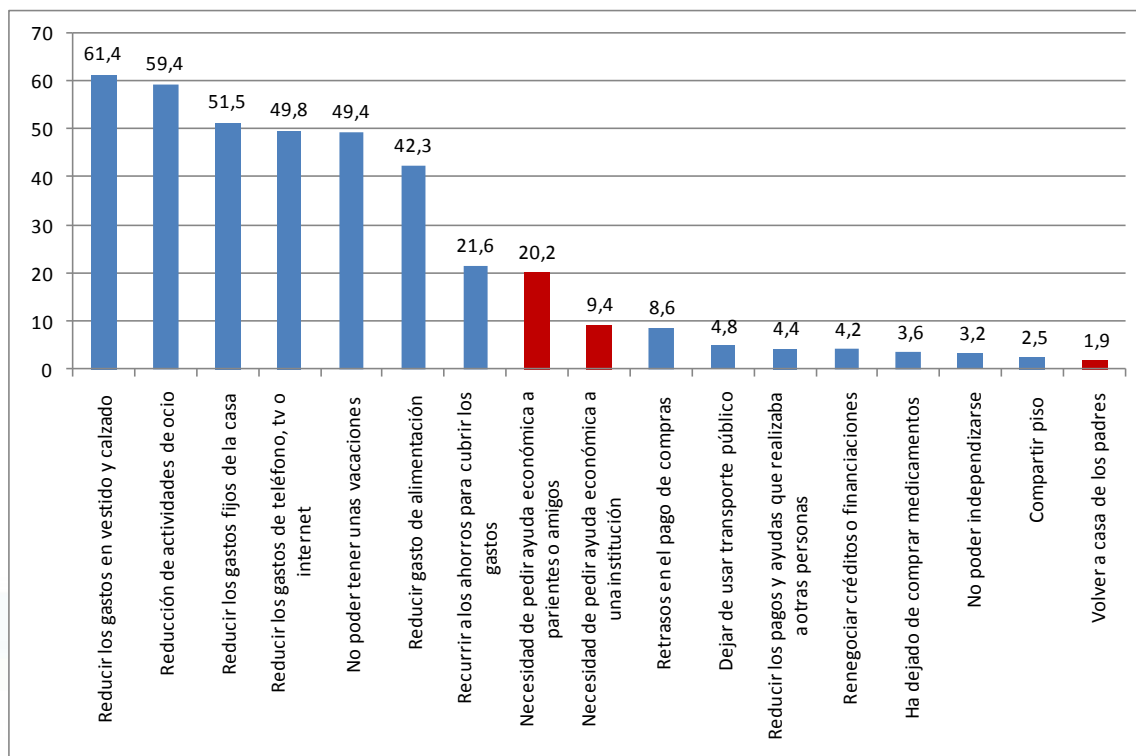
Además de estas acciones de ajuste de gasto y optimización de los recursos financieros de los hogares también se han puesto en marcha alternativas que, a pesar de no depender de apoyos externos debido a que se gestionan en el hogar de manera autónoma, tienen implicaciones importantes en el mismo núcleo y/o en otros cercanos. Estas decisiones son reducir los pagos y ayudas que el hogar realizaba a otras personas, no independizarse o decidir compartir piso con personas sin vínculo de parentesco. Estas acciones han sido detectadas en un 4,4%, 3,2% y 2,5% del total de hogares respectivamente.

Por otro lado, a partir de los datos de la encuesta se pueden identificar 3 estrategias de carácter externo al hogar. Estas alternativas se despliegan para compensar situaciones de necesidad económica y residencial de muchos hogares y son definidas como “estrategias externas” porque la posibilidad de ser desarrolladas no depende, exclusivamente, de una decisión unilateral del hogar que la solicita. Entre ellas destacan, por un lado, la necesidad de pedir ayuda económica y por otro, la posibilidad de volver al hogar de origen.

En primer lugar cabe destacar que un 20% de los hogares han tenido que pedir ayuda económica a familiares o amigos, este porcentaje se reduce a la mitad (9,4%) cuando se trata de pedir ayuda a las instituciones pero de cualquier forma, no deja de ser reseñable el hecho de que 3 de cada 10 hogares han tenido que pedir ayuda a familiares, amigos o instituciones sociales. En segundo lugar, aunque menos numerosa a nivel porcentual, se debe subrayar que la crisis ha provocado el retorno de un 2% de la muestra a casa de sus padres. Esta decisión, que depende de agentes externos porque debe ser aprobada por el hogar que acoge, podría tener importantes efectos en la dinámica del nuevo hogar constituido, por tanto, a pesar de no ser muy numerosa, es una estrategia que entraña importantes implicaciones para los núcleos familiares, tanto para el que acoge como para el acogido.

El objetivo de todas estas alternativas no es otro que el de contrarrestar la necesidad que la empuja. Por tanto, para ello, las dos tipologías de estrategias presentadas podrían estar desarrollándose no de manera excluyente, sino de forma paralela, tal y como se constató en trabajos anteriores como (Lasheras, *et al*, 2012). En la gestión de la crisis, los hogares demostraron desarrollar, en primer lugar, aquellas estrategias que por su carácter interno podían ser ejecutadas sin depender de apoyos o decisiones ajenas al hogar. Si la puesta en marcha de estas no era suficiente, los hogares pasaban a combinarlas con otras externas con el objetivo de contrarrestar las situaciones de necesidad. Por tanto, en este caso, la gestión de la crisis en las familias también podría estar siendo definida a través tanto de mecanismos de reorganización interna de los patrones de consumo como de alternativas de convivencia o ayudas económicas, éstas últimas siempre definidas a partir del apoyo con el que cuentan.

Gráfico 4. Estrategias internas y externas para la gestión de la crisis en los hogares



Fuente: EINSFF 2013 (% total de hogares)

En definitiva, el desarrollo de estas acciones permite en aquellos hogares con dificultades no muy intensas prevenir la caída a situaciones de mayor necesidad, mientras que en las familias que han sufrido un mayor impacto de la crisis garantiza la subsistencia, en algunos casos de manera muy precaria, del núcleo. Esta idea es ampliamente desarrollada en Martínez-Virto (2014), donde se establecen dos tipos de estrategias de supervivencia a la crisis, por un lado, las estrategias de “prevención” y por otro, las estrategias de “subsistencia a la exclusión”. Las “*estrategias de prevención de caída a la exclusión*” eran especialmente desarrolladas en los hogares que, a pesar de disfrutar de situaciones de cierta estabilidad antes de la crisis, habían sufrido un fuerte impacto en materia económica. Entre las estrategias más habituales de estos hogares destacaban la reducción del gasto en ropa y calzado, limitar las actividades de ocio y tiempo libre, disminuir los gastos fijos de la casa (electricidad, agua, calefacción, etc.), agotar los ahorros o alquilar habitaciones de su vivienda. Estas alternativas demostraron tener un efecto claramente positivo en el contrarresto de las situaciones de dificultad y en la prevención de situaciones más extremas.

En segundo lugar, las “*estrategias de subsistencia a la exclusión*” eran características de las personas que habitaban en los espacios de dificultad más severa. La intensidad de las dificultades que estos vivían provocó que dichas estrategias, a pesar de su efecto positivo en la supervivencia de estos núcleos, no permitiera atenuar las situaciones de dificultad, ni promover realidades de mayor estabilidad e integración. Estas estrategias de subsistencia respondían a realidades más intensas como las de los hogares endeudados con impagos y en riesgo de ser expulsados de la vivienda, así como, aquellos con privaciones que requieren ayuda de las instituciones, familiares y amistades.

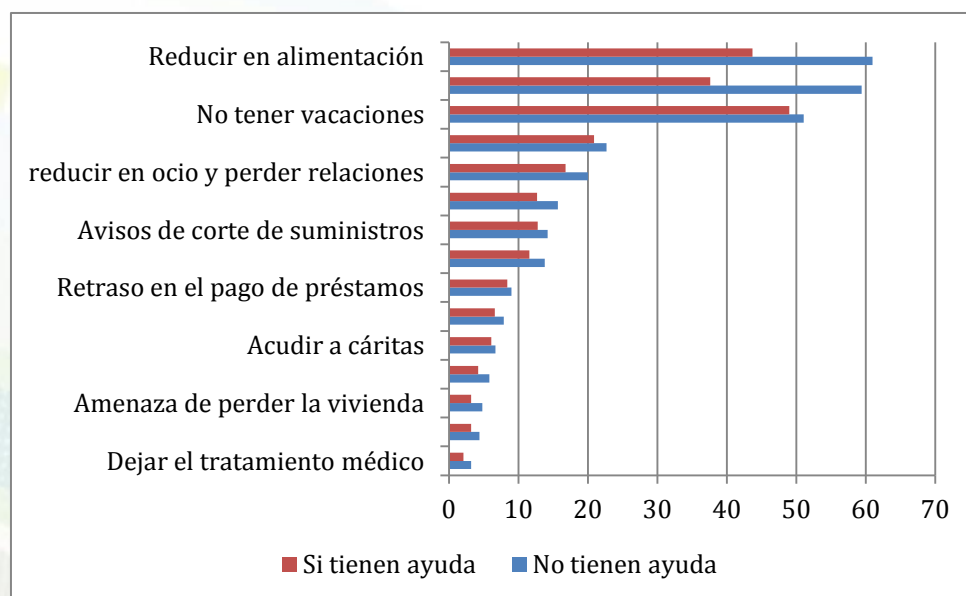


Sin embargo, tal y como hemos comprobado anteriormente, no todos los hogares pueden contar con apoyos y ayuda en momentos de necesidad. Si bien las acciones anteriormente expuestas han sido definidas como estrategias porque amplían significativamente la capacidad de respuesta y contrarresto de los hogares a las situaciones de dificultad, la posibilidad de contar ayuda no depende de una decisión familiar, sino de tener o no apoyos. Asimismo, en todos ellos, la ausencia de respuestas no respondería a una falta de necesidad, sino a la incapacidad de desarrollarlas por no contar con apoyos externos.

### 4.3. Tener ayuda previene privaciones y reduce la exclusión residencial

Contar con ayuda familiar puede resultar clave para prevenir caídas a situaciones de exclusión y evitar así escenarios de mayor dificultad. En el análisis realizado en 2011 sobre el primer impacto de la crisis se observaban diferencias entre la intensidad de las estrategias o acciones desarrolladas por los hogares para enfrentar las dificultades cotidianas. En el análisis de las encuestas 2007 y 2009 se constataba que aquellos hogares en los que el impacto era menos intenso primaban las estrategias de ajuste mientras que en aquellos que se veían sobrepasados por la crisis manifestaban estar en riesgo de tener privaciones, tanto de carácter básico como vinculadas a la vivienda. En esta nueva fase se observan, como veremos a continuación, situaciones de dificultad más intensas que vendrían definidas por la ayuda con la que se cuenta, evidenciando que el apoyo de las redes sociales previene impagos y privaciones básicas.

Gráfico 5. Estrategias de respuestas a la crisis en función de la ayuda recibida



Fuente: EINSFF 2013 (% total de hogares)

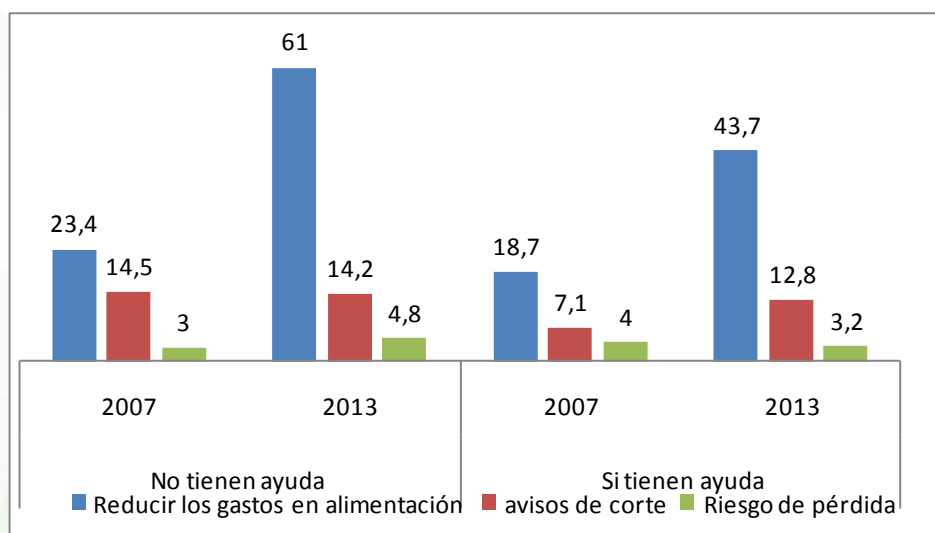
Las implicaciones de tener o no tener ayuda en la gestión se observan claramente en el anterior gráfico, el cual nos da una foto del año 2013. Los hogares que tienen ayuda desarrollan en menor medida estas estrategias, las cuales, se vinculan claramente al riesgo de privaciones de carácter básico (alimentación, ropa, medicación y tratamientos u ocio). Las diferencias entre ambos grupos son especialmente intensas en materia de alimentación (17,3pp.), ropa y calzado (21,8pp.), pero también en, prácticamente, todos los ámbitos de

privación considerados: ocio y pérdida de relaciones (3,2pp.), no llevar una dieta adecuada (2pp.), no poder comer carne/pollo o pescado al menos 3 veces por semana (3pp.), no tener vacaciones al menos una semana al año (2pp.), dejar de comprar medicamentos y tratamientos (1,2pp. y 1pp. respectivamente), tener dificultades para hacer frente a gastos de material escolar (1,3pp.) y dejar de utilizar el transporte público (1,4pp.). Por tanto, contar con ayuda en momentos de necesidad previene privaciones, y hace que los hogares sin apoyos acudan más a servicios de emergencia social como caritas (0,6pp.).

No obstante, además de estas privaciones, tener ayuda también previene la exclusión residencial, debido a que los hogares que cuentan con ella manifiestan en menor medida tener avisos de corte de suministro (-2pp.), de amenazas de pérdida de la vivienda (-1pp.), a no poder mantener la casa a una temperatura adecuada (-2pp.) y a tener retrasos o impagos (-0,6pp.). Además de ello, los hogares que tienen ayuda manifiestan más posibilidades de recurrir a ahorros (7,9pp.), lo cual evidencia que los hogares sin ayuda son los que están viviendo las situaciones más precarias.

Este incremento, que se muestra en el siguiente gráfico, arroja luz sobre la mayor vulnerabilidad de los hogares que no tienen ayuda cuando la necesitan, en relación a aquellos que sí la tienen.

**Gráfico 6. Evolución de los riesgos de privación alimentaria y residencial**



Fuente: EINSFF 2007 y 2013 (% total de hogares)

En primer lugar se observa que los que no tienen ayuda se ven en la necesidad de recortar en alimentación y reciben más avisos de corte de suministro y manifiestan más riesgo de impagos y amenazas de pérdida de la vivienda. El recorte en alimentación es una estrategia especialmente intensa en aquellos hogares que no tienen ayuda. Este hecho se ha incrementado notablemente desde 2007. En ese año el porcentaje de hogares que recortaban gasto y no tenían ayuda era del 23,4%, y en 2013 es del 61%. Por tanto se observa un incremento de 37,6 puntos porcentuales en los hogares que no tiene ayuda mientras que en aquellos que sí la tienen aumenta 25 puntos.

Los hogares sin ayuda manifiestan también tener más cortes de suministro (14,2%) o riesgo de pérdida de la vivienda (4,8%) que los hogares con ayuda. Aquí la evolución temporal es menos clara, posiblemente por la confluencia de otros factores, como por ejemplo, que los hogares que están pagando la hipoteca son más vulnerables y que muchos de ellos cuentan con ayuda

de la familia extensa para ello. Así pues, los hogares sin ayuda son los que están viviendo las situaciones de mayor vulnerabilidad tanto por las posibilidades de verse apoyados como por la capacidad de responder de manera autónoma al impacto de la crisis.

## **5. Modelos de convivencia en la crisis**

Como se ha venido comprobando, la pérdida de capacidad adquisitiva ha puesto en riesgo la residencia de muchos hogares en España y tal y como muestran los resultados anteriores, contar con ayuda familiar se constata como un factor que previene la exclusión residencial. Ante la crisis, y el elevado peso que supone en el presupuesto familiar el pago de la vivienda o suministros, los modelos de convivencia se han podido ver alterados por efecto de las dificultades económicas de muchos hogares.

En un reciente análisis comparado sobre los procesos de exclusión en Europa (Laparra y Pérez, 2012) se constataban algunos modelos de convivencia que estaban surgiendo en el marco de la crisis económica. Entre ellos destacaban dos fundamentalmente: en primer lugar, la amplia presencia de los jóvenes en los hogares de sus padres por el retraso de las emancipaciones. En segundo lugar el aumento de los hogares que conviven con personas mayores de 65 años. Ambos modelos de convivencia intergeneracional han formado parte de la tradición social y familista en España, sin embargo, en las últimas décadas, se comenzaban a identificar cambios en las formas de constitución y relación en los hogares.

En apartados anteriores se introducía que la capacidad protectora de las familias, si bien podrían estar viéndose debilitada por el contexto de crisis prolongado, no puede datarse del año 2008. La pérdida de capacidad protectora de las familias en España se habría visto impulsada, además de por la paulatina individualización interna de los hogares, por la diversificación de tipologías y una progresiva reducción del tamaño de estos. Según la Encuesta Continua de Hogares (2013), en España hay 18.217.300 hogares, un número que sigue una tendencia ascendente desde la última década. Ello se explica, fundamentalmente, en un incremento del número de personas que viven solas y que alcanza ya al 24,2% de los hogares (4.414.000), así como, por una progresiva reducción del tamaño de estos (2,53 personas de media por hogar). No obstante, si bien en términos generales la tendencia en España se dirige hacia el aumento del número de hogares y el descenso de su tamaño, las dificultades económicas en la crisis podrían estar alterando, en algunos hogares, éstas dinámicas y conduciendo hacia la constitución de hogares donde conviven de nuevo diferentes generaciones.

En este apartado se identifican 4 cambios relacionados con el modo de convivencia que podrían estar aumentando como efecto de las dificultades económicas. Estos cuatro modelos son: el mantenimiento de convivencias no deseadas, las múltiples convivencias, con o sin parentesco, en un mismo domicilio, la presencia de jóvenes retornados, o no emancipados, en los hogares de origen y la convivencia con pensionistas.

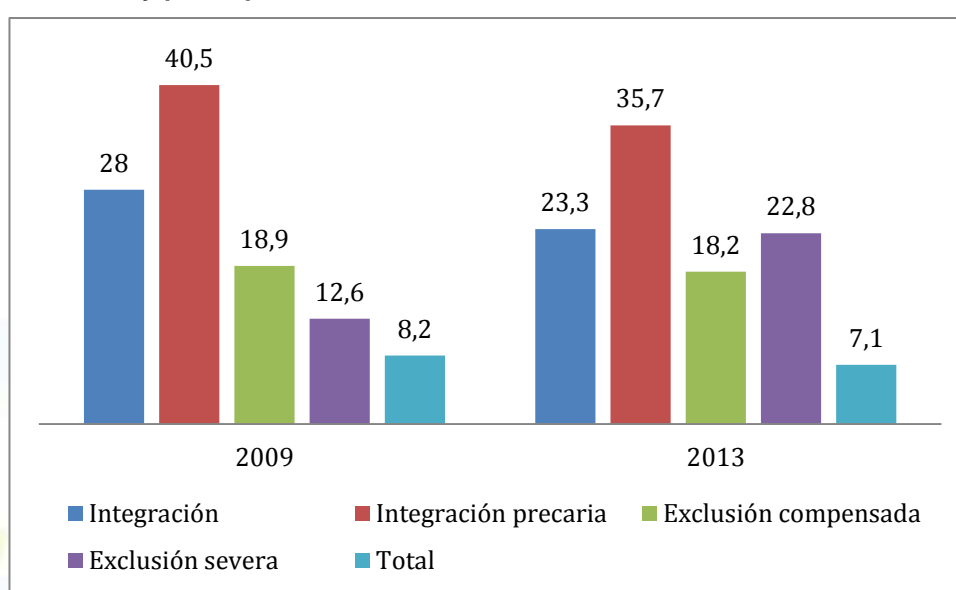
### **5.1. Convivencias no deseadas: se reduce en número de divorcios y separaciones**

El número de divorcios y separaciones sea reducido en España en los últimos años, así lo muestran las estadísticas anuales publicadas por el Instituto Nacional de Estadística de nulidades, separaciones y divorcios. Según estos datos, el número de separaciones en el año 2012 eran casi la mitad que el 2007, debido a que en el año 2007 se contabilizaron 11.583 divorcios y en el año 2012 la cifra apenas alcanzó los 6.369. En el caso de los divorcios la



reducción fue menor, no obstante, se contabilizaron más de 20.000 divorcios menos (de 125.77 en 2007 a 104.262 en 2012). En EINSFF 2009 y 2013 también se observa una disminución de 1 punto porcentual en el número de hogares que en los últimos 5 años han vivido situaciones de divorcio o separación. Según se señala en el siguiente gráfico, estas situaciones habrían pasado de ser manifestadas del 8,2% de los hogares en 2009 al 7,1% en 2013. En el análisis por espacios de exclusión se observa que esta reducción de los divorcios y separaciones se ha desarrollado en los hogares en integración plena, precaria y exclusión compensada, mientras que solo aumenta el divorcio, entre 2007 y 2009, en los hogares excluidos severos.

**Gráfico 7. Hogares que en los últimos 5 años han vivido situaciones de divorcio o separación, total y por espacios de exclusión**



Fuente: EINSFF 2009 y 2013 (% total de hogares)

Los costes económicos vinculados a estos procesos de ruptura habrían podido incidir en esta reducción, debido a que disminuye considerablemente en aquellos hogares que cuentan con los mayores índices de divorcio, los que se encuentran en integración plena y precaria. Cabe señalarse que las rupturas no son solamente caras por los procesos judiciales a los que se debe hacer frente, sino porque un divorcio o separación conlleva separar un hogar en dos y asumir doblemente los gastos vinculados a la vivienda, entre otros. En este sentido, muchos hogares habrían podido renunciar a divorciarse por motivos económicos, lo cual podría tener unos importantes efectos en el clima de convivencia de un hogar cuando se mantienen relaciones no deseadas por motivos económicos.

## 5.2. Múltiples convivencias en un mismo domicilio

Los modelos de convivencia alternativos constituidos en el marco de la crisis económica han tenido como objetivo común reducir el gasto residencial y frenar los procesos de exclusión en materia de vivienda. Habitualmente, el arraigo de las dinámicas familistas en España, podría haber dado lugar a un número elevado de domicilios donde conviven múltiples núcleos con lazo de parentesco. Sin embargo, se han detectado también otras alternativas convivenciales que si bien pueden tener en común la convivencia de diferentes núcleos en el mismo domicilio, se han configurado sin lazos de parentesco. A partir de esta realidad se constatan dos alternativas

fundamentales: subalquilar habitaciones o compartir piso con personas para reducir los gastos que supone mantener la vivienda (gastos de alquileres, hipoteca, suministros, etc.).

En el primero de los casos, el subalquiler de habitaciones es manifestado por casi un 2% de los hogares encuestados. Su desarrollo no se ha visto incrementado con respecto a 2009, pero casi 9 de cada 10 hogares que la señalan se encuentran en situaciones de precariedad o exclusión. Por el amplio porcentaje de hogares en integración precaria que la señalan (40%), cabría pensar que puede ser una estrategia vinculada a hogares que adquirieron una vivienda en épocas de bonanza y que actualmente encuentran dificultades para enfrentar la hipoteca.

**Tabla 9. Hogares con múltiples convivencias por espacios de exclusión, incidencia según espacios de integración**

	2009					2013				
	Integración plena		Exclusión moderada			Total		Exclusión moderada		
	Total	Integración precaria	Integración plena	Exclusión moderada	Exclusión severa	Integración plena	Integración precaria	Integración plena	Exclusión moderada	Exclusión severa
Compartir piso sin parentesco	2,4	0,2	1,2	0,6	0,4	2,5	0,4	0,8	0,5	0,8
Alquilar habitación a otros	2,2	0,1	1,2	0,5	0,5	1,9	0,2	0,8	0,3	0,6

Fuente: EINSFF 2009 y 2013 (% total de hogares)

Por otro lado, otros hogares han buscado fórmulas que abaratan los costes de una vivienda a través la fórmula de piso compartido con personas, o familias completas, sin lazo de parentesco. Esta estrategia es señalada por el 2,5% de los hogares en 2013 y, a diferencia de la anterior, se incrementa ligeramente con respecto al año 2009. No obstante, el mayor aumento se constata en los hogares en exclusión severa, donde se duplica la incidencia de hogares excluidos severos que, de un año a otro, la realizan (de 0,4% a 0,8%). Esta alternativa, a diferencia de la anterior, estaría más vinculada a hogares con mayores dificultades económicas que, tradicionalmente, han vivido en alquiler mientras que el subalquiler de habitaciones se relaciona con hogares que han podido acceder de manera reciente a la compra de una vivienda.

La búsqueda de alternativas residenciales más económicas ha tratado de compensar el elevado coste del alquiler y de los gastos fijos de la vivienda. No obstante, la convivencia de varias personas en un mismo domicilio, aunque abarata los costes y garantiza un pago más desahogado, tiene otros efectos no deseados. En estos casos, aunque será más desarrollado en las próximas páginas, la falta de espacios e intimidad podrían ser algunas de las consecuencias más graves de estas estrategias.

### 5.3. Jóvenes en casa: retraso de emancipaciones o retornos

Otro de los modelos de convivencia mantenidos, o contruidos, en el marco de la crisis tienen que ver con los jóvenes que viven en casa de sus padres y madres, bien porque no han podido emanciparse, o porque, por razones económicas, han tenido que abortar procesos de emancipación.

Según el último informe del observatorio de Emancipación, elaborado por el consejo de la juventud de España (OBJOVI, 2013) el número de personas jóvenes emancipadas menores de 30 años en España desciende desde el año 2011. Actualmente solo un 20,2% de las personas de 16 a 29 años reside en una vivienda independiente a su hogar de origen, es decir, uno de

cada cinco jóvenes menores de 30 años están emancipados. Esta proporción de no emancipación es todavía más acuciante si se atiende a las personas de entre 16 y 24 años. En estos casos, más de 9 de cada 10 personas continúa viviendo en el hogar familiar (tasa de emancipación del 6,4%, según este estudio). Según este informe, la reducción interanual de la emancipación en este tramo de edad ha sido del 15,57%. En España los procesos de emancipación se desarrollan a partir de los 30 años, por lo que en el tramo de edad de 30 a 34 años más de 7 de cada 10 jóvenes vive fuera de casa de sus padres (OBJOVI, 2013). Sin embargo, la crisis económica y la falta de oportunidades laborales para los jóvenes podrían haber obligado a muchos de estos jóvenes, recientemente emancipados, a volver a casa.

Como se puede observar en la siguiente tabla (EINSFF) en el año 2013, el 2,2% y 4,1% de las personas entrevistadas en la encuesta habían regresado al hogares de sus padres o no habían podido independizarse como efecto de la crisis económica. En términos absolutos, estos porcentajes representan a un total de 523 personas de la muestra que manifiestan haber tenido que regresar a casa de sus padres y de 963 casos que no han podido emanciparse. De este total del personas 6 de cada 10 son personas menores de 44 años (61,2% y 60,1% del total de personas que han vuelto a casa o no han podido emanciparse, respectivamente). En esta misma línea, un reciente estudio del barómetro de la familia (TFW, 2014) constata que una de cada 5 familias de la muestra (600 encuestas) tienen hijos mayores de 25 años que dependen económicamente de los padres, así como, que 1 de cada 10 familias han visto a uno de sus miembros volver al hogar.

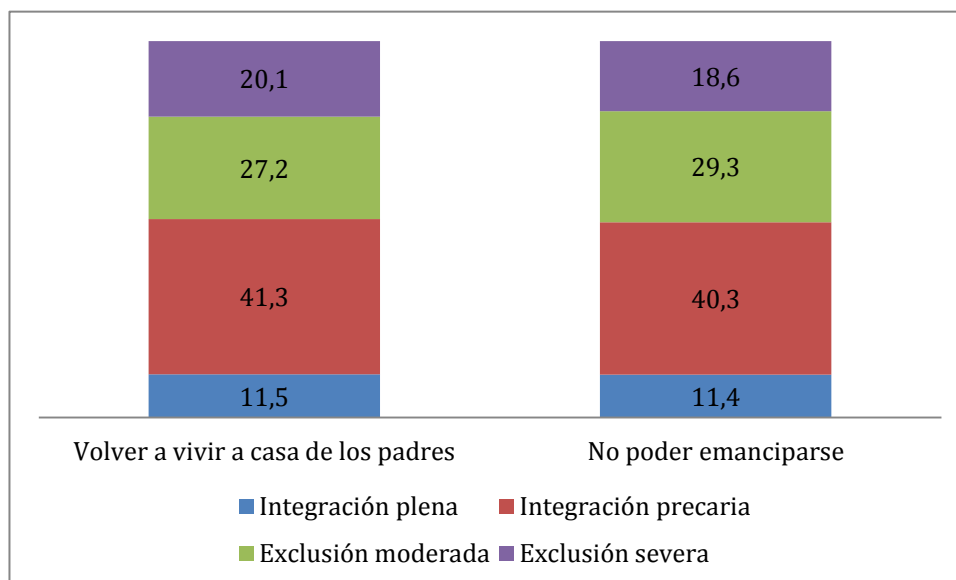
**Tabla 10. Personas que han vuelto a casa de sus padres o no se han emancipado a causa de la crisis, incidencia según espacios de exclusión.**

	2009					2013				
	Total	Integración plena	Integración precaria	Exclusión moderada	Exclusión severa	Total	Integración plena	Integración precaria	Exclusión moderada	Exclusión severa
Volver a vivir a casa de los padres	2,3	0,3	1,1	0,6	0,4	2,2	0,3	0,9	0,6	0,4
No poder emanciparse	-	-	-	-	-	4,1	0,5	1,6	1,2	0,4

Fuente: EINSFF 2009 y 2013 (% total de individuos)



**Gráfico 8. Personas que han vuelto a casa de sus padres a causa de la crisis, distribución según espacios de exclusión.**



Fuente: EINSFF 2013 (% total de individuos que retornan a casa)

La tendencia con respecto a 2009, en el caso de volver a casa de los padres, única variable que puede ser comparada debido a que la referida a “no poder emanciparse” fue incorporada al cuestionario de 2013, no ha sufrido modificaciones en los últimos 3 años. Tampoco lo ha hecho la incidencia de los diferentes espacios de exclusión, a excepción de una ligera reducción de los hogares en integración precaria. En este sentido, si atendemos al total de personas que han desarrollado estas formas de convivencia, cabe señalar que las alternativas de retorno o no emancipación se han visto especialmente desarrolladas en los espacios de precariedad y exclusión, debido a que de cada 10 personas que la señalan, aproximadamente 4 están en integración precaria, 3 en exclusión moderada y 2 en exclusión severa.

El fenómeno de la no emancipación juvenil ha ocupado análisis recientes que, con una perspectiva comparada comprobaban cómo este modelo de convivencia tenía una incidencia muy notable en España, donde la presencia de jóvenes en el hogar daba lugar a cifras alarmantes en comparación con otros países europeos.

En Laparra y Pérez (2012), a partir de los datos de la SILC- Eurostat, se observaba cómo el 36,5% de los jóvenes españoles de 25 a 34 años vivían con sus padres. Este porcentaje resaltaba al ser comparado con países como Reino Unido, Francia o Dinamarca, donde el porcentaje de jóvenes de 25-34 que vivía con sus padres era del 16,6%, 12,2% y un 1,3% respectivamente. Este hecho evidencia que la familia es un soporte fundamental tanto para aquellas personas que no pueden emanciparse como para los hogares que, en estos últimos años, han vivido situaciones de exclusión residencial dramática, como muestran las tasas de desahucios presentadas en apartados anteriores. La solidaridad familiar se constata de manera especial en una perspectiva comparada, donde las políticas sociales presentan huecos agravados por las políticas de austeridad (Pérez-Erasmus *et al*, 2014).

Sin embargo, los modelos de convivencia marcados por los ciclos económicos no son una decisión personal, sino que sería una realidad vinculada a la falta de oportunidades en el mercado de trabajo de los jóvenes españoles, tal y como señalan Moreno *et al*, (2012), Ballesteros *et al*, (2012) o Gentile (2010), donde se analiza el aborto de las trayectorias de emancipación juveniles como un efecto directo esta inestabilidad y precariedad laboral juvenil. Estos análisis defienden que ante las dificultades económicas, los jóvenes deciden regresar a

casa de sus padres por motivos económicos y laborales. Con ellos se pretende, por un lado, minimizar el impacto del desempleo y, por otro, ahorrar para preparar una salida más sostenible en el futuro. Esta forma de optimización de los recursos familiares nos remite de nuevo a ese concepto de familia ampliada que reconoce y asume de manera casi autónoma la solidaridad familiar más allá de las fronteras del hogar.

La EPA (2014) señala que el desempleo juvenil en España asciende al 54,9%, así como, que un total de 1.720.500 personas en desempleo viven con sus progenitores. Las trayectorias de vuelta o la no emancipación motivada por factores ajenos e imprevistos, como el desempleo, podrían ser identificadas como “trayectorias fallidas” que pueden llevar implícitas importantes costes personales fundamentados en la frustración de un itinerario vital definido (Walther y Stauber, 2002). Por tanto, la vuelta no estaría exenta ni de costes personales por la pérdida de autoestima, autonomía o frustración por haber tenido que abortar procesos de emancipación, ni de efectos familiares por el incremento de los costes económicos vinculados a los retornos.

#### **5.4. Las personas pensionistas ¿el freno de la crisis?**

El último de los modelos de convivencia que han podido verse incrementados como efecto de la crisis es vivir con personas mayores de 65 años. Ante las situaciones de inseguridad laboral o desempleo, los ingresos estables derivados de una pensión o prestación, aunque sean de escasa cuantía, conceden cierta estabilidad económica y seguridad al hogar, por lo que ello habría podido impulsar un aumento del número de hogares que conviven con alguna persona pensionista.

A pesar de que los datos anteriormente expuestos de la Encuesta Continua de Hogares (2013) transmiten una progresiva reducción del tamaño de los hogares, las formas de convivencia intergeneracional habrían podido sufrir un ligero incremento. Según la EINSFF, el número de hogares en España donde habría una persona mayor conviviendo se ha incrementado en 3 puntos porcentuales entre los años 2007 y 2013 (del 31% al 34,8%). En esta misma línea, la Encuesta de Presupuestos familiares constata que aumentan en un punto porcentual los hogares sustentados por personas de 65 o más años (27,28% del total de hogares en 2012) mientras que se reducen los de entre 16 y 29 años (4,96% en 2012).

Si se atiende a otros indicadores de la citada EPF (2012), también se comprueba que aumentan en 2 puntos los hogares que tienen como fuente principal de ingresos las pensiones contributivas y no contributivas (jubilación, invalidez, viudedad, etc.), debido a que alcanzaban en 2012 al 32,68% del total de hogares. Asimismo, un indicador cardinal que permite identificar la capacidad que las pensiones tienen de compensar las dificultades económicas y garantizar la satisfacción de las necesidades básicas de muchos familiares son los niveles de gasto medio de los hogares en función de las características de la persona principal. Como bien se observa en la siguiente tabla, se reduce el gasto medio de hogar en todos los tipos de hogares excepto en aquellos donde la persona principal tiene una edad de 65 o más años. En estos casos, el gasto aumenta en más de 2000 euros de media. Este hecho evidencia un incremento del consumo y el gasto en los hogares encabezados por mayores de 65 años, por lo que cabría pensar que, si bien la capacidad adquisitiva de los pensionistas no se ha visto tan reducida en la crisis como los hogares que dependen de asalariados, el aumento del gasto en los hogares con pensiones podría deberse, tanto al apoyo económico a familiares cercanos a través de la compra de alimentos, por ejemplo, como a un incremento del número de miembros que viven, o comen, en casa del pensionista. De tal forma que los niveles de consumo se ven incrementados.

Tabla 11: Evolución del gasto medio por hogar según la edad de la persona principal

	2007	2009	2012
Total	31.641,27	30.187,49	28.142,73
Personas entre 16 y 29 años	30.134,82	24.340,43	20.938,95
Personas entre 30 y 44 años	33.511,97	30.775,16	27.858,93
Personas entre 45 y 64 años	37.700,77	35.967,56	32.590,98
Personas de 65 y más años	21.437,19	22.868,23	23.764,97

Fuente: Encuesta de Presupuestos familiares (2012) (en miles de euros, anuales/ total hogares)

En España, como ha sido señalado, en los hogares que han vivido una importante merma de su capacidad y estabilidad adquisitiva por la crisis, las pensiones, aunque sean de baja cuantía suponen unos recursos más estables que las rentas de trabajo o las provenientes de prestaciones por desempleo. Por tanto, los modelos de convivencia compuesta como convivir con los padres y madres, hijos/as o abuelos y abuelas no solo tiene como finalidad garantizar, a través de la pensión, un ingreso estable en el hogar o compensar la pérdida de una vivienda, sino que todo ello constituye una estrategia que optimiza los recursos familiares y por efecto directo, tiene implicaciones personales en cada uno de los miembros que compondrán ese hogar. Por lo que detrás de estas realidades no sólo hay situaciones de desempleo, u hogares con todos sus miembros en paro, sino que tras estas alternativas pueden incluso existir salidas de ancianos de las instituciones residenciales o cambios en la gestión de los cuidados, tal y como muestran recientes estudios elaborados por asociaciones y gestorías de residencias para mayores, donde se cifra en un 20% las plazas residenciales vacías a causa de la crisis (Acalerte, 2014).

En algunos de estos casos este hecho dibuja un modelo de convivencia trigeracional en que los/las jóvenes no se emancipan (o retornan) y los abuelos/as viven en casa. De nuevo, esta realidad, si bien se ha podido ver incrementada por la crisis, tiene posos del modelo de convivencia tradicional que ha imperado en España, tal y como se constata en la perspectiva comparada en Laparra y Pérez (2012), donde el número de personas mayores de 65 años en los hogares con todos los miembros activos en paro en España se duplicó del año 2007 al año 2010 (4,1% al 7,8%). Si bien en otros países como Francia, Reino Unido o Dinamarca también se vieron incrementadas estas formas de convivencia, las diferencias porcentuales con estos países son espectaculares con respecto a España, en el caso de Francia en 2010 es casi seis veces menor (1,6%) y en Reino Unido y Dinamarca casi 10 veces (0,8%).

Las situaciones de integración se asientan en 3 espacios y agentes (mercado de trabajo, estado y redes sociales) que vienen definidos por el nivel de desarrollo que cada uno de ellos alcanza para promover las situaciones de integración. Sin embargo, como bien ha sido señalado por numerosos trabajos en materia de política social comparada, la capacidad de protección de estos se debe, por un lado, a su nivel un desarrollo estructural que varía en los diferentes contextos Europeos, y por otro, a nuevos factores de riesgo que podrían aumentar los procesos de exclusión en escenarios de crisis como la actual (Taylor-Gooby, 2004).

Gallie y Paugam (2000) analizan en profundidad la posible asociación entre el nivel de protección de las prestaciones de desempleo (cuantía, cobertura y duración de la prestación y recursos de activación) con el apoyo de las familias. A partir de ello desarrollaron un análisis comparado que trataba de comprobar la capacidad que las prestaciones tenían para prevenir la pobreza ante las situaciones de desempleo. En el caso de España, su estudio logró constatar



que era la solidaridad familiar la que conseguía frenar las bolsas de pobreza ante una protección al desempleo limitada.

En otros informes sobre el mercado de trabajo relativos a esta misma encuesta (Zugasti, 2014) se ha visto cómo se ha producido una cierta concentración del desempleo en determinados hogares, y con ello, la expansión de los hogares en los que todos sus miembros activos se encuentran desempleados. Esta dinámica del mercado de trabajo ha supuesto una notable reducción de la capacidad adquisitiva de los hogares que podría verse compensada, al igual que mostraba el estudio comparado anterior, a través de la solidaridad familiar que comparte los ingresos derivados de las pensiones, aunque éstas sean de baja cuantía.

En crisis anteriores, la estabilidad en el empleo del “breadwinner” y la combinación de su salario fijo con algunos otros ingresos aún más limitados, provenientes de empleos complementarios y temporales o de la protección social, permitían salir adelante a muchos hogares. Como hemos visto, el impacto de esta crisis en el empleo se ha centrado más que otras veces en el sustentador principal del hogar, por lo que ha repercutido de manera intensa en los ingresos mensuales de las familias. Además de ello, la falta de oportunidades en el mercado de trabajo y la extensión de la precariedad laboral ha limitado la capacidad de acceso al empleo, aunque sea precario o temporal, de otros miembros de las familias, por lo que tampoco la estrategia de compensar ingresos con otros empleos secundarios, observada en otras crisis, ha conseguido contrarrestar la pérdida del salario principal (Carbonero, 1998).

Por tanto, la significación de las pensiones es especialmente relevante cuando la incidencia del empleo de los hogares es mayor. Como puede constatarse en la siguiente tabla, para los hogares en los que todos sus activos están en paro, la presencia de un pensionista supone una reducción del 45% en la tasa de exclusión y del 60% de la exclusión severa, respecto de los hogares en los que no hay pensiones. Además de ello, si se observa el índice sintético de exclusión, se comprueba como la no presencia de pensionistas en los hogares con todos los activos en paro multiplica por dos este valor (5,019)<sup>3</sup>.

**Tabla 12. Niveles de integración social de los hogares afectados por el paro y de los que tienen todos los activos parados, según presencia de algún pensionista en el hogar**

Nivel de integración	Hogares con algún parado		Hogares con todos los activos en paro	
	Hogares SIN pensionista	Hogares CON pensionista	Hogares SIN pensionista	Hogares CON pensionista
Integrado	4,9	1,4	0,0	0,0
Integración precaria	49,4	62,1	20,9	56,3
Exclusión moderada	25,1	22,2	30,8	24,3
Exclusión severa	20,5	14,3	48,3	19,5
Total tasa de exclusión	45,7	36,5	79,1	43,7
Índice Sintético de Exclusión Social (ISES)	2,532	2,281	5,019	2,761

Fuente: EINSFF 2013

<sup>3</sup> El índice de exclusión social se construye a partir de una media de los 35 indicadores de exclusión identificados en la encuesta. El valor 0 equivaldría al ideal, es decir, a aquellos hogares que no están afectados por ningún indicador. Cuanto más alto es este número, mayor es la incidencia del indicador al que se refiere con respecto a la situación de exclusión social a la que se enfrenta el hogar.

A pesar de este apoyo, que sin duda previene tanto privaciones básicas como la caída de muchos hogares a los espacios de exclusión severa, el modelo que se configura en estos hogares está fuertemente marcado por la precariedad que genera verse obligados a compartir estos recursos escasos. En este sentido, los resultados constatan que casi 2/3 de los hogares afectados por el desempleo que cuentan con una pensión (y un 56% de los hogares en desempleo total familiar) se encuentran en situaciones de integración precaria. Esta última idea subraya algunos de los elementos que venían adelantándose en las páginas anteriores. El desarrollo de estrategias y alternativas de convivencia no está exento de costes, y en contextos de dificultad prolongada, pueden mermar la capacidad de apoyo y sobrecargar las redes familiares.

## **6. Efectos de la crisis en la capacidad de apoyo de las familias**

Como se adelantaba al inicio de este apartado, algunos trabajos empíricos previos de carácter cualitativo comenzaban a alertar de que la prolongación de las dificultades en muchos hogares podría estar dando lugar a una sobrecarga de las familias (Lasheras *et al*, 2013). Los efectos de la crisis se prolongan, las estrategias de ajuste de gasto podrían tener consecuencias de carácter casi irreversible, el impacto del desempleo acoge también a familiares que, quizá en los primeros años, podían estar ofreciendo ayuda, los hogares que ayudan, como por ejemplo los pensionistas, tendrían que apoyar a un mayor número de familiares, la necesidad de ser apoyado se extiende en el tiempo, y la progresiva pérdida de la cuantía y el tiempo de duración de las prestaciones reduce el apoyo económico que muchos hogares podían estar recibiendo al inicio de su situación de desempleo. Estos son algunos de los efectos que, derivados de un desempleo prolongado y una situación de necesidad intensa, podrían estar limitando la capacidad de encontrar apoyo. Las consecuencias de las dificultades prolongadas podrían ser una de las principales causas de riesgo en la pérdida de la capacidad de ayuda. A continuación, a partir de una foto general sobre la evolución de la recibida, se explican de manera pormenorizada algunos de estos efectos y su posible vinculación con el riesgo del agotamiento de muchas familias.

### **6.1. Evolución de la capacidad de tener ayuda y de ayudar a otros hogares**

En un primer acercamiento a los hogares que manifiestan contar, o haber contado, con alguna persona que pudiera ayudarles en situaciones de necesidad no se observa un deterioro importante de la capacidad de recibir ayuda entre 2007 y 2013, pero sí una tendencia a la baja. De hecho, los porcentajes sobre el total de hogares que tienen, o han tenido alguna vez ayuda, se reducen en 0,4pp. (75,5%-75,1%). No obstante, si se hace una lectura por espacios de exclusión se observa un ligero incremento de la ayuda con la que cuentan los hogares en integración precaria, excluidos moderados y severos, mientras que se reduce en 4,1pp. la ayuda con la que cuentan los integrados. Este hecho podría ir vinculado a que la ayuda recibida puede ir emparejada a un aumento de la necesidad de pedirla en los hogares con más dificultades.

Tabla 13. Hogares que manifiestan tener o haber tenido ayuda

	2007		2013	
	No tienen ayuda	Si tienen ayuda	No tienen ayuda	Si tienen ayuda
Integración plena	17,35	82,65	21,35	78,65
Integración precaria	31,11	68,89	27,76	72,24
Exclusión moderada	26,98	73,02	25,39	74,61
Exclusión severa	37,81	62,19	25,26	74,74
Total	24,50	75,50	24,90	75,10

Fuente: EINSFF 2007 y 2013 (% total de hogares)

Por tanto, a niveles generales se observa que tres cuartas partes de los hogares cuentan con ayuda en momentos de necesidad, es decir, un 75% del total. Este alto porcentaje evidencia que la cobertura y solidaridad informal continúan muy activas, tanto en 2007 como en 2013, a pesar de que esté viviendo una ligera tendencia a la baja si se atiende al porcentaje de población total.

## 6.2. Pérdida de capacidad de apoyo: el efecto de la sobrecarga familiar

Si bien la pérdida de ayuda que se evidencia en los datos anteriores es limitada, si esta tendencia se mantiene el agotamiento de las familias podría convertirse en un factor de exclusión para muchos hogares. Detrás de estos indicadores de riesgo podrían estar algunos de los aspectos a se exponen a continuación.

### 6.2.1. Pérdida progresiva de la tasa de cobertura de las pensiones

Como se ha adelantado anteriormente, cuando el impacto del desempleo en los hogares es más agudo y todas las personas activas del hogar se encuentran desempleadas, la presencia de pensionistas es notablemente mayor, el 36,7% de estos hogares en desempleo total familiar cuentan con un pensionista, o lo que es lo mismo, un total de 664.000 hogares, según estimaciones realizadas a partir de los datos de hogares de la EPA. Sin embargo, en la siguiente tabla puede observarse, al comparar esta proporción con la calculada para el año 2009, que esta presencia se ha reducido en 2 puntos porcentuales, por lo que cada vez hay más hogares en estas circunstancias extremas de desempleo total familiar que no cuentan con el apoyo de este importante recurso: tener un pensionista en casa.



**Tabla 14. Presencia de pensionistas en los hogares en los que todos los activos están parados (desempleo total familiar)**

	Mediados 2007	Finales 2009	Mediados 2013
Proporción de Hogares con desempleo total familiar (%)	2,6	9,8	10,4
Estimación de Hogares con desempleo total familiar (miles)	418	1.675	1.806
Estimación de Hogares con desempleo total familiar y algún pensionista (miles)	127	650	664
Proporción (%) (b/a)	30,4	38,8	36,7

Fuente: EINSFF 2007 2009 y 2013 (basado en la estimación de hogares de la EPA, INE)

No obstante, a pesar de esta reducción, la comparación entre los hogares afectados por el desempleo que cuentan con una pensión y los que no cuentan con ella nos permite aproximarnos a la función que aun así siguen cumpliendo para casi 1,2 millones de hogares en España. Este recurso permite una reducción de 9 puntos porcentuales de la tasa de exclusión (más de 6 en la exclusión severa).

**Tabla 15. Presencia de pensionistas en los hogares afectados por el desempleo**

	Mediados 2007	Finales 2009	Mediados 2013
Proporción de hogares que tienen algún parado (%)	6,5	19,4	30,1
Estimación de hogares que tienen algún parado (miles) (a)	1.061	3.321	5.250
Estimación de hogares con parados y con algún pensionista (miles) (b)	255	917	1.165
Proporción (%) (b/a)	24,1	27,6	22,2

Fuente: EINSFF 2007 2009 y 2013 (basado en la estimación de hogares de la EPA, INE)

Por todo ello, en una primera fase de esta crisis, las pensiones pudieron cubrir en cierta medida esta función de estabilización, de última red y de recurso básico para muchos hogares. El número de hogares afectados por el desempleo en el que había un pensionista se multiplicó casi por 4, acercándose al millón de hogares en 2009. Sin embargo, en los últimos años, han crecido más los hogares afectados por el desempleo que no cuentan con un pensionista y esta “tasa de cobertura” de las pensiones sobre el desempleo familiar ha disminuido: poco más de 1 de cada 5 hogares afectados por el desempleo cuenta con este recurso, en muchos casos esencial.

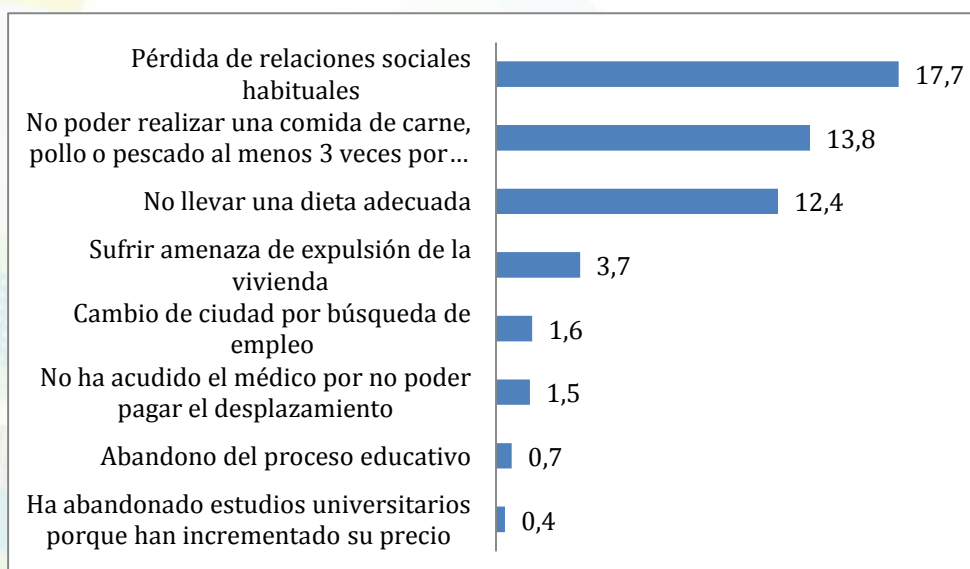
### 6.2.2. Cortes de las estrategias y dificultades prolongadas: trastornos mentales, adicciones y suicidios

En apartados anteriores se ha comprobado cómo, ante situaciones de necesidad y/o pérdida de la capacidad adquisitiva de los hogares, las familias han desarrollado numerosas alternativas que han buscado, en primer lugar, tratar de minimizar el impacto de la pérdida de ingresos, prevenir privaciones o garantizar, aunque de manera más precaria, las necesidades básicas y residenciales de sus hogares. Para ello se presentaban algunas estrategias, las más comunes, que se centraban en la optimización del presupuesto familiar a través de medidas de ajuste en la cesta de la compra o en ocio, así como otras que requerían apoyos externos, bien de redes sociales como de instituciones. Estas últimas eran un signo claro de la casi extenuación a la que se enfrentan muchos hogares.

Sin embargo, si bien estas estrategias han podido contrarrestar las situaciones de necesidad y prevenir el progresivo empeoramiento de los hogares, su extensión en el tiempo podría dar lugar a importantes consecuencias con efectos directos en el mantenimiento de las redes de apoyo.

Tal y como se observa en el siguiente gráfico, un 17,7% del total de hogares ha manifestado que han perdido, como efecto de la crisis, sus relaciones sociales habituales. Estas rupturas, estrechamente vinculadas con algunas estrategias de recorte del gasto en ocio, el cambio de ciudad por búsqueda de empleo o los cambios de domicilio o barrio tras las amenaza de ser expulsados de la vivienda podría dar lugar a una ruptura de las redes sociales, generando que estos hogares puedan estar en riesgo de vivir situaciones de aislamiento social. Este hecho no debe pasar desapercibido debido a que es uno de los 35 indicadores de exclusión social identificados en las diferentes Encuestas Foessa, el cual trataría de acercarse a esa pérdida de integración en el espacio social y relacional.

**Gráfico 9. Efectos del impacto de la crisis y el desarrollo prolongado de estrategias**



Fuente: EINSFF 2013 (% total de hogares)

Por otro lado, las estrategias de ajuste de la cesta de la compra podrían tener también efectos importantes en los niveles de privación alimentaria de los hogares y en su estado de salud. En relación a este aspecto, un 13,8% de los hogares señala en 2013 no poder realizar una comida de carne, pollo o pescado al menos 3 veces por semana, así como, un 12,4% manifiesta llevar una dieta inadecuada. Este empeoramiento de la calidad de la alimentación empeorará, sin duda, la calidad de vida y el estado de salud de los miembros del hogar, una realidad que además podría verse agravada por el hecho de que un 1,5% de los hogares no acude al médico por razones económicas, como por ejemplo, no poder asumir los pagos del desplazamiento.

Por último, la extensión de las dificultades se identifica también como una pérdida de capacidad de resistencia a futuro no solo vinculada a la salud o a las relaciones de los hogares, sino que la crisis ha obligado a un 1,1% de los hogares españoles a abandonar el proceso educativo de alguno de sus miembros o los estudios universitarios por razones económicas. La pérdida de nivel formativo en los hogares con dificultades es un importante riesgo de la capacidad que estos hogares tengan para desarrollar itinerarios de inclusión en el futuro, por tanto, son alternativas que si bien pueden evitar algunas situaciones de privación económica puntual en un hogar, son para el futuro estrategias de reproducción social de la pobreza (Gutiérrez, 2005).

Todos estos aspectos, unidos a la intensidad de las necesidades económicas que muchos hogares viven ha podido incidir en el aumento de trastornos mentales, situaciones de estrés, adicciones o depresión en los hogares, incrementado así el riesgo a vivir situaciones de conflicto social, tanto externo como interno al hogar, al que muchas familias están expuestas.

Numerosos estudios han investigado la asociación entre las dificultades económicas y los trastornos relacionados con el estado de ánimo, la ansiedad, el alcohol y los trastornos alimentarios. En comparación con periodos anteriores a la crisis, Gili, *et al*, (2013) revelan un aumento sustancial y significativo en la proporción de pacientes con estado de ánimo depresivo, ansiedad y trastornos relacionados con el alcohol. Independientemente a los riesgos asociados al desempleo, este análisis identificó un riesgo elevado de depresión asociada con las dificultades del pago de la hipoteca y los desahucios. Sus resultados estiman que alrededor de un tercio de la población atendida por con trastornos de salud mental podría estar vinculada a los riesgos combinados de las dificultades de desempleo de los hogares y del pago de la hipoteca. Asimismo lo menciona también la EPSH (2012) donde el 44,1% de las personas sin hogar tienen alcoholismo. También esta misma encuesta vincula dicha adicción con el desempleo prolongado, debido a que el 55% de las personas sin hogar en búsqueda activa de empleo en 2012 se encontraban en desempleo de larga duración porque llevaban entre uno y tres años buscando trabajo (38%) y más de tres años (17%). Por tanto, análisis como estos constatan que en la crisis ha aumentado significativamente la frecuencia de los trastornos de salud mental y abuso de alcohol, lo cual ha incrementado en número de asistentes de atención primaria en España por estas cuestiones, sobre todo, entre las familias que experimentan dificultades de desempleo y pagos de la hipoteca (Gili, *et al*, 2013).

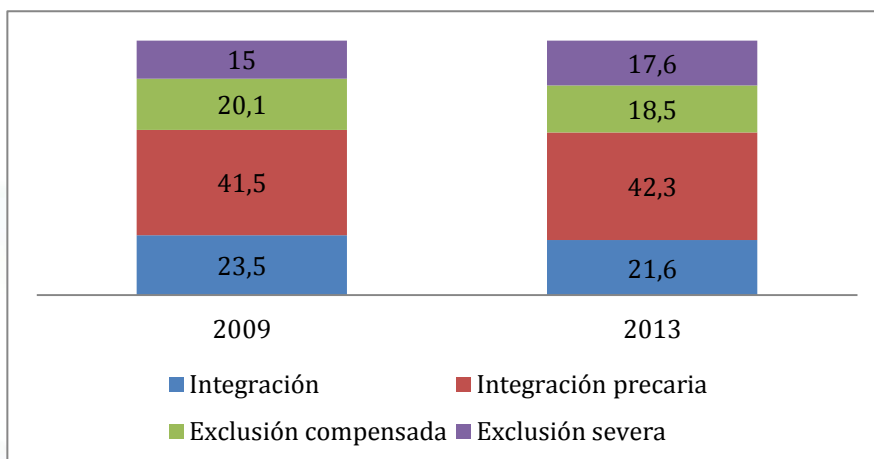
Así mismo lo muestra también la EINSFF en relación al total de hogares que en 2009 y 2013 debido a que aumenta del 8,2 al 10,6% el porcentaje total de hogares que señalaron haber vivido alguna enfermedad mental o trastorno en los últimos 5 años. Si atendemos, en el gráfico siguiente, a un análisis por espacios de exclusión en 2013, cuatro de cada 10 hogares que lo han vivido están en situación de precariedad y casi otros cuatro en situación de exclusión. En este espacio, entre 2007 y 2013 se observa un incremento de casi tres puntos en los hogares que están en exclusión severa. Este aumento es el más significativo con respecto a los diferentes espacios de exclusión y ello es debido a que, tal y como señala el Libro Verde de la UE (2005), las clases sociales más bajas son especialmente vulnerables a las enfermedades mentales como consecuencia directa de las dificultades económicas y sociales a las que se enfrentan.



**Tabla 16. Hogares que han sufrido en los últimos 5 años enfermedad mental o trastorno, incidencia por espacios de exclusión**

	2009					2013				
	Total	Integración plena	Integración precaria	Exclusión moderada	Exclusión severa	Total	Integración plena	Integración precaria	Exclusión moderada	Exclusión severa
Han sufrido en los últimos 5 años enfermedad mental o trastorno	8,2	1,9	3,4	1,6	1,2	10,6	2,3	4,5	2	1,9

Fuente: EINSFF 2009 y 2013 (% total de hogares)

**Gráfico 10. Hogares que han sufrido en los últimos 5 años enfermedad mental o trastorno, distribución por espacios de exclusión**

Fuente: EINSFF 2009 y 2013 (% total de hogares con trastorno)

El empeoramiento de la salud mental, si no es tratada de manera adecuada, puede generar situaciones de muy difícil reinserción. El desempleo prolongado, la falta de oportunidades laborales percibida por los hogares en búsqueda activa de empleo y el progresivo agotamiento de las prestaciones aumentan el pesimismo, la depresión o el estrés en los hogares, y estos efectos de un desempleo prolongado, les alejan aún más de una reincorporación inmediata.

Las atenciones psicológicas deben estar garantizadas como prevención de los itinerarios de exclusión, y así lo señaló la OMS en 2010 con motivo del día mundial de la salud mental. Esta organización denunciaba la falta de recursos para tratar los trastornos psicológicos asociados a la pobreza, y estimaba que entre un 75-85% de los casos graves de salud mental en los países de ingresos medios no recibieron tratamiento. Esta realidad podría ser más grave cuatro años después, debido a que las consecuencias de la crisis económica, tal y como se ha visto en el gráfico anterior, y pérdida de empleo aumentan la incidencia de las enfermedades mentales en los hogares.

**Tabla 17. Hogares que han sufrido en los últimos años enfermedad mental o adicciones por el total de la muestra y la situación de desempleo del hogar**

	2009			2013		
	Total muestra	Hogares cuyo sustentador está en paro desde un año o más	Hogares con todos los activos en paro	Total muestra	Hogares cuyo sustentador está en paro desde un año o más	Hogares con todos los activos en paro
Hogares que han sufrido enfermedad mental o trastorno en los últimos 5 años	8,2	8,5	19,5	10,6	8,8	17,1
Hogares con personas con problemas de alcohol, drogas o juego	3,9	12,8	25	2,4	10,7	23,8

Fuente: EINSFF 2009 y 2013 (% total de hogares)

La vinculación entre el desempleo y haber sufrido enfermedades mentales o haber consumido sustancias se constata en la tabla anterior. A nivel general, esta incidencia aumenta en relación a las enfermedades mentales, pero no lo hace el consumo de sustancias o adicciones. En el caso de las enfermedades mentales se constata una importante incidencia de estas realidades en los hogares con todos los activos en paro, donde casi dos de cada 10 hogares en esta situación de desempleo señalan vivirla. Si se atiende al denominador de hogares con algún miembro en paro éste se reduce a la mitad, casi uno de cada 10 hogares lo señala. Entre 2009 y 2013 no se ha observado un aumento significativo de este impacto, lo cual podría asociarse, tal y como se ha visto en los primeros puntos de este informe, a que el desempleo generalizado y la falta de oportunidades laborales ha podido reducir las consecuencias sociales que podría tener en épocas anteriores. No obstante, ello no debiera ocultar que las enfermedades mentales tienen más del doble de incidencia en los hogares con todos los activos en paro.

Por otro lado, si bien el juego y el consumo de drogas o alcohol tan solo es señalado por un 2,4% del total de los hogares de la muestra en 2013, su presencia se incrementa por cinco en los hogares donde hay algún miembro en paro (10,7%), y por 10 en aquellos con todos los activos parados (23,8%). Todo ello indica de nuevo que las dificultades económicas y la pérdida del empleo tienen un efecto importante en el inicio de consumos o en sufrir enfermedades mentales. En los hogares donde se dan ambas circunstancias, la capacidad de subsistencia del núcleo, el clima de convivencia y la reinserción laboral de los activos en paro se alejan de un diagnóstico optimista.

Una de las consecuencias más dramáticas de estas situaciones son los suicidios, Sirvent (2013), señala precisamente que las tres causas fundamentales de suicidio son los problemas económicos, los problemas de pareja y los problemas familiares. Como se adelantaba anteriormente, la pérdida de la vivienda y las dificultades económicas son factores que detonan itinerarios de exclusión muy rápidos que si no son prevenidos o amortiguados, podrían dar lugar a situaciones dramáticas con un cierto carácter de irreversibilidad. La cara más extrema de estas realidades la encontramos en los suicidios. El INE (2014) cifra el aumento en un

11,3% de los fallecimientos por suicidios con respecto al año 2011, un valor que alcanzó la tasa más alta desde el año 2005. Este aumento también queda constatado en la EINSFF (2013), donde, con respecto a los datos de 2009, aumenta la incidencia del número de hogares que en los últimos cinco años manifiestan haber vivido en su familia suicidios o intentos de suicidio. De este total de hogares, el 83,4% son hogares en exclusión moderada y severa, un peso que en 2009 era del 66,6%. Por tanto, el incremento de los suicidios entre el año 2009 y 2013 se produce, principalmente, por un incremento del suicidio en los hogares en exclusión, donde se duplica.

**Tabla 18. Hogares que en los últimos cinco años manifiestan haber vivido en su familia suicidios o intentos de suicidio, incidencia por espacios de exclusión**

	2009					2013				
	Total	Integración plena	Integración precaria	Exclusión moderada	Exclusión severa	Total	Integración plena	Integración precaria	Exclusión moderada	Exclusión severa
Han sufrido en los últimos 5 años suicidios o intentos	0,3	0	0,1	0,1	0,1	0,4	0	0,1	0,2	0,2

Fuente: EINSFF 2009 y 2013 (total de hogares)

Por tanto, los efectos derivados de las situaciones de necesidad económica prolongada han contribuido a restar capacidad de resistencia a los hogares. Esta concatenación de efectos, si no es prevenida o amortiguada, puede generar la irreversibilidad de muchas situaciones de exclusión, debido a que las enfermedades mentales o las adicciones son, entre otros factores, razones que obstaculizan y/o frenan los procesos de incorporación social. (Fernández, *et al*, 2014; Martínez-Virto, *et al*, 2013).

### 6.2.3. Multiconvivencias no deseadas

Por último, estrechamente relacionado con los resultados anteriormente expuestos, las convivencias no deseadas que han podido resultar de decisiones como no separarse o divorciarse, compartir habitación, compartir piso o ser acogido por familiares, tampoco son decisiones exentas de costes. Cambiar de domicilio y compartir una vivienda supone, además de una reducción de espacio de la vivienda, una importante pérdida de autonomía, merma de intimidad o aislamiento y pérdida de relaciones con el vecindario si el domicilio está en otra zona residencial, entre otras.

Todos los modelos de convivencia observados en el apartado anterior tienen un denominador común: implican compartir o convivir con otras personas para reducir los costes de mantener una vivienda o prevenir la exclusión residencial. La manera en la que se enfrentan estas realidades es muy diferente si ha sido fruto de una decisión voluntaria, si ha sido una decisión necesaria y consensuada que ha venido impulsada por una situación de dificultad no deseada o, si por el contrario, son convivencias obligadas y no deseadas.

El aumento de la conflictividad de los hogares se constata a través de indicador nº 28, el cual mide los hogares donde se han producido malos tratos físicos y psicológicos en los últimos años. Según estos resultados, con respecto al total de hogares, se observa un ligero incremento de la violencia en el domicilio. No obstante, esta incidencia se multiplica por 5 en los hogares con algún miembro desempleado y por 10 (11,5%) en los hogares donde todos los activos están en paro (22,5%). Al igual que ocurría en el caso anterior, con respecto a 2009, la incidencia de la violencia se reduce en aquellos hogares afectados de alguna manera por el



desempleo. Sin embargo, no deja de ser reseñable que esté presente en más de uno de cada 10 hogares con algún miembro en paro y el casi 2,5 de los que tienen a todos sus miembros desempleados.

**Tabla 19. Hogares que han sufrido en los últimos años han sufrido malos tratos por el total de la muestra y la situación de desempleo del hogar**

	2009			2013		
	Total muestra	Hogares cuyo sustentador está en paro desde un año o más	Hogares con todos los activos en paro	Total muestra	Hogares cuyo sustentador está en paro desde un año o más	Hogares con todos los activos en paro
Hogares con malos tratos físicos o psicológicos en los últimos años	2,0	18,8	29,4	2,5	11,5	22,5

Fuente: EINSFF 2013 (% total de hogares)

Del mismo modo, y especialmente en el caso de los jóvenes, supone la pérdida de libertad o el sentimiento de fracaso por el retroceso de los proyectos de emancipación. Todo ello puede dar lugar, a nivel emocional o psicológico en las personas acogidas, en un aumento de la tristeza, la baja autoestima o las altas dosis de impotencia que resultan de renunciar a proyectos de pareja, por ejemplo. O a nivel familiar por el núcleo que acoge, debido a que genera un aumento de los costes económicos derivados del retraso de los procesos de emancipación y de procesos vitales cada vez más largos y costosos que son, generalmente, asumidos por la familia de origen. Estas circunstancias pueden ser caldo de cultivo para los conflictos familiares, y un aumento de estos podría tener consecuencias muy graves, e incluso irreversibles, si la situación de convivencia no deseada se prolonga. Por tanto, podrían ser experiencias de la mencionada concatenación de efectos señalada en Lasheras, *et al*, (2012).

En resumen pues, todos estos efectos señalados podrían estar contribuyendo de manera relevante al riesgo de que la institución familiar presente síntomas de extenuación. Esta sobrecarga, que podría incrementar el aumento de las situaciones de aislamiento o conflicto social debilita las relaciones sociales, las cuales son un factor fundamental de integración en España. En un escenario donde tanto en mercado de trabajo como las políticas sociales han perdido también capacidad de integración, que la solidaridad familiar se debilite, reduce la capacidad de protección de muchos hogares.

## 7. Conclusiones

Se comenzaba este paper subrayando el relevante papel que, tradicionalmente, han venido jugando la solidaridad familiar y las redes sociales en el acceso a las situaciones de integración social en España. No obstante, también se anunciaba el desarrollo de algunos trabajos de carácter teórico y empírico que, argumentando la extensión de las dificultades o las nuevas dinámicas familiares, comenzaban a alertar sobre el riesgo de agotamiento de esta malla de seguridad.

En los informes que atendieron al primer impacto de la crisis se evidenciaba que la familia estaba jugando un papel relevante en la prevención de muchos itinerarios de exclusión, los cuales, en un gran número de casos, podían ser resultado de la pérdida del empleo y de la menor capacidad adquisitiva de los hogares. En esta nueva fase de la crisis, la EINSFF13 nos ha dado la oportunidad de conocer si el capital social de las familias se había podido ver erosionado por la extensión generalizada de las dificultades y la prolongación de las situaciones de desempleo.

### – La solidaridad familiar continua activa, pero uno de cada cuatro hogares no la tiene

A partir de los resultados observados se constata que la solidaridad familiar y las redes informales continúan siendo un factor de integración fundamental presente en tres de cada cuatro hogares en España. Sin embargo, este resultado arroja luz sobre un 25% de hogares que en España no cuentan con ayuda cuando la necesitan. Estos hogares, en escenarios donde la protección familiar es un agente de integración ineludible, se muestran especialmente vulnerables a desarrollar itinerarios de exclusión rápidos e intensos cuando el resto de mecanismos de protección social (empleo o garantía de ingresos) se muestran insuficientes.

La debilidad de este espacio social puede ser identificada, entre otras razones, a partir de las situaciones de aislamiento social y/o conflicto que pueden estar viviendo los hogares. En los últimos años, si bien no se observan visos de una pérdida de relaciones sociales, sí se constata cierta vinculación entre las situaciones de conflicto y aislamiento social, y el desarrollo de procesos de exclusión en materia laboral, económica, residencial o sanitaria, entre otras. En este sentido se observa que los procesos de exclusión se incrementan en los hogares aislados y en conflicto, mientras que el desarrollo previo de otros procesos de exclusión no incide de manera tan acentuada en el aumento de estas dimensiones de la exclusión relacional. Estas conclusiones relativas al total de hogares se incrementan en la exclusión severa, donde, por ejemplo, los procesos de exclusión del empleo aumentan 32,9pp. en los hogares en conflicto social y se multiplican por 4 (18,2%-72,5%) en los aislados. Todo ello subraya que tener capital social evita y previene los procesos de exclusión de los hogares en general y más intensamente en la exclusión severa.

Además de la incidencia de la exclusión social más severa en las situaciones de aislamiento y conflicto social, otros aspectos sociodemográficos como el sexo, la edad, el nivel de estudios o el origen han sido factores condicionantes a la hora de contar con ayuda. En este sentido, los hogares encabezados por varones, de 45-54 años, con estudios bajos o medios o los hogares de origen extranjero han sido los que en mayor medida han manifestado no recibir ayuda cuando la necesitan.

Por otro lado, otras características sociodemográficas han demostrado tener más incidencia en aquellos hogares que dan ayuda de manera recíproca, que son benefactores o que dependen de ayudas. En este sentido, las personas de más de 65 años se convierten en un apoyo fundamental, especialmente incidente en los hogares benefactores (15%). Por el contrario, los hogares encabezados mujeres, por menores de 30 (26,6%), con personas paradas (21%), con

menores o algún joven (20,8% y 19,1%, respectivamente), así como, los de etnia gitana (19%) tienen una mayor incidencia en los hogares que solo reciben ayuda.

#### **– Tener apoyos aumenta la resistencia**

Las redes sociales son uno de los tres pilares fundamentales de integración social, la posibilidad de estas de amortiguar los efectos de la ruptura con la espera económica o con el acceso a los derechos sociales determinará la capacidad de resistir a las situaciones de dificultad. En este sentido, tener ayuda se convierte en un factor que integra, mientras que aquellos que no la tienen padecen situaciones de mayor vulnerabilidad.

La gestión de la crisis en las familias ha demostrado estar estrechamente relacionada con la capacidad de contar o no contar con ayuda que amortigüe las situaciones de desempleo prolongado y la acumulación de dificultades en los hogares. Ante estas dificultades, los resultados subrayan que los hogares han buscado alternativas, por un lado, de carácter interno relacionadas con la optimización de los ingresos a través de las formas de ajuste de gasto o privaciones alimentarias y/o sanitarias, entre otras. Por otro, con estrategias que han requerido contar con apoyos externos (acogimiento residencial, ayudas económicas, etc.). Si bien las primeras de ellas podrían ser de gestión interna y autónoma, los apoyos con los que cuentan estos hogares serán determinantes para desarrollar aquellas de carácter externo que responden, fundamentalmente, a las situaciones de mayor dificultad.

Ante la pérdida de ingresos, la puesta en marcha de estrategias se ha centrado en el ajuste de gasto de las familias, tal y como muestra el 60% de los hogares en relación a la reducción en calzado, vestido u ocio, así como, el 50% en cuanto a los gastos fijos de la casa no forzosos (internet o teléfono) y las vacaciones anuales. Estos porcentajes se han visto incrementados en los hogares sin ayuda, donde, por ejemplo, el porcentaje de éstos que han recortado en alimentación es 17,3 puntos mayor que aquellos que han tenido ayuda. Por tanto, las implicaciones de la ayuda en las diferentes formas de gestión de la crisis en 2013 se observan claramente: tener ayuda reduce la necesidad de ajustar el gasto en alimentación, calzado, transporte, o salud, entre otras, y previene la pérdida de las relaciones sociales habituales. Sin embargo, el desarrollo de otras estrategias externas es una evidencia de la casi extenuación a la que se enfrentan casi 3 de cada 10 hogares en España, los cuales han tenido que pedir ayudas económicas a familiares, amistades o instituciones.

La carga que suponen los gastos en materia residencial los han convertido en una de las mayores dificultades de los hogares. Ante esta realidad, la ayuda recibida se materializa tanto en el apoyo económico que prevenga la pérdida o los impagos, como en las alternativas de convivencia, tal y como se ha observado. En el primero de los casos se observa que el riesgo de pérdida de la vivienda se reduce entre 2007 y 2013 con respecto a aquellos que tienen apoyos y que los avisos de corte de suministro son más habituales en los hogares sin apoyos, en ambos años. Por otro lado, también las dificultades económicas han impulsado algunos modelos de convivencia. Entre ellos se destaca que, a pesar de que la paulatina individualización de las dinámicas familiares ha dado lugar a una progresiva disminución del tamaño de los hogares, la crisis ha reducido el número de divorcios y separaciones y ha generado la convivencia múltiple e intergeneracional en algunos domicilios. Como consecuencia de ello, los hogares donde conviven personas de más de 65 años o jóvenes que han retornado o retrasado sus procesos de emancipación han aumentado, especialmente en los hogares afectados por el desempleo.

Como se ha constatado en los perfiles de aquellos hogares que ofrecían más o menos ayuda, las personas pensionistas han superado mejor el impacto de la crisis, por lo que su papel como benefactores se ha incrementado de manera importante. Las pensiones, incluso aquellas de muy baja cuantía, se han convertido para muchos hogares en ingresos más estables que las prestaciones por desempleo o ingresos mínimos. La incidencia de estas personas como



flotador de la crisis se observa tanto en un aumento del número de hogares sustentados por una persona de más de 65 años como en incremento de los niveles de gasto y consumo en estos hogares observado en la EPF (2012). Esta protección es todavía más relevante en los hogares con todos sus activos en paro, donde la presencia de pensionistas reduce en un 45% la tasa de exclusión y en un 60% la de exclusión severa.

Por tanto, la posibilidad de contar con apoyos para desarrollar estas estrategias ha contribuido, por un lado, a compensar las situaciones de necesidad y frenar las trayectorias de descenso a las situaciones de mayor dificultad, y por otro, en las situaciones de mayor necesidad, a garantizar la subsistencia del núcleo y a prevenir otras dificultades más extremas. Si bien estos apoyos no pueden ser, en sentido estricto, identificados como una estrategia, debido a que tener o no tener ayuda está más definido por tener redes de apoyo que por decisiones familiares, éste es un factor que, sin duda, amplía significativamente la capacidad de respuesta de los hogares.

#### **– Las dificultades prolongadas ponen en riesgo los apoyos familiares**

Sin embargo, la capacidad de protección de las redes sociales podría estar en riesgo de agotarse. En términos generales, la Encuesta Foessa refleja que entre 2007 y 2013 se tiende hacia la pérdida de la capacidad de encontrar ayuda (-0,4pp.), pero esta ligera caída de los hogares con ayuda no se debe a una pérdida de capital social, sino que parece deberse más a que la capacidad de apoyar de las redes sociales esté debilitándose.

A lo largo del análisis se ha identificado el aumento de algunos indicadores de exclusión como consecuencia de la prolongación del desempleo, agotamiento de prestaciones o el desarrollo y extensión de las estrategias de contrarresto. A partir de estas realidades se constata, tanto en la EINSFF como en otras encuestas y estudios, un aumento de las situaciones de conflictividad en los hogares, una sobrecarga de las personas pensionistas, el incremento de las situaciones de dependencia familiar, el empeoramiento de la salud por un aumento de las enfermedades mentales, o consumos, así como, un incremento de los procesos de exclusión residencial que han mantenido o impulsado convivencias no deseadas y que, con carácter extremo, han podido incrementar el índice de muertes violentas en los hogares. Ello es debido, sobre todo, a que los modelos de convivencia marcados por ciclos económicos no son una decisión personal y su desarrollo entraña numerosos costes para todos los miembros del hogar.

Como reflejo de alguno de estos resultados se identifica una reducción de dos puntos, con respecto a 2009, de la presencia de pensiones en los hogares que en situaciones de desempleo total familiar, por lo que, en 2013, poco más de 1 de cada 5 hogares afectados por el desempleo cuenta con este recurso. Por otro lado, la incidencia de algunas patologías como la enfermedad mental o los consumos están presentes, aproximadamente, en dos de cada 10 hogares con todos los activos en paro. Igualmente, el incremento de la conflictividad en las familias como resultado, tanto de las dificultades económicas como de las multiconvivencias no deseadas, se multiplica en 2013 por 5 en los hogares con algún miembro desempleado y por 10 (11,5%) en los hogares donde todos los activos están en paro (22,5%). Por tanto, todos estos aspectos son indicadores que muestran la pérdida de capacidad de integración de las familias y redes, y su debilitamiento no pasa desapercibido al significar nuevos procesos de exclusión que limitan la capacidad protectora de los hogares a corto, medio y largo plazo.

A pesar de todos estos costes, y de que la extensión de las estrategias y dificultades contribuye a una progresiva pérdida de la capacidad protectora de las familias, la ausencia de apoyos es lo que marca la velocidad del desarrollo de trayectorias de exclusión, las situaciones de pobreza más intensas y el enquistamiento de los hogares en las situaciones de exclusión severa. Si como hemos visto las estrategias de contrarresto se definen, por un lado, por la intensidad de la dificultad que vive un hogar, pero sobretudo, por la posibilidad de contar o no

con apoyos que permitan desarrollarla, estar aislado o tener familia que no pueda apoyar se convierten en importantes factores de exclusión.

Por todo ello, y como ya se avanzaba en el primer informe preliminar de la explotación de esta base, es necesario diseñar, con carácter urgente, mecanismos de respuesta que permitan construir itinerarios de reincorporación social, así como, reforzar las prestaciones de rentas mínimas y emergencia social. Con ello se pretende evitar, por un lado, las situaciones de ausencia total de ingresos y prevenir la pérdida progresiva del capital social de los hogares, y por otro, rescatar de forma urgente a los hogares sin apoyos. Si bien los datos ofrecidos continúan mostrando que la solidaridad familiar está activa, la tendencia observada evidencia un paulatino agotamiento de estas unidades de protección primaria. En este sentido, es fundamental subrayar que la pérdida de apoyos familiares no solo tiene efectos en el modelo de integración del presente, sino que el riesgo a que la familia presente síntomas de extenuación contribuye a debilitar la capacidad de protección de ésta a futuro. Por tanto, es importante constituir mecanismos de apoyo a los hogares con dificultades que aligeren la carga a sus redes sociales y prevengan el agotamiento total de los apoyos. Una de las grandes potencialidades de la familia es que la movilización de sus recursos es rápida y efectiva, pero debe tener siempre un carácter urgente, puntual y de emergencia. De lo contrario, podríamos presenciar el debilitamiento de este pilar de integración por la sobrecarga de las familias, la intensificación de las tensiones en las relaciones interpersonales y el aumento de sectores que no cuentan con esta red de protección informal, y como resultado, seríamos testigos del aumento de las trayectorias de exclusión, el incremento de las bolsas de pobreza extrema y el ensanchamiento de la brecha de desigualdad en España.

## 8. Bibliografía

- ACALERTE. Informe sobre plazas vacantes en centros residenciales. Federación de Castilla y León de Residencias de la Tercera Edad. 2014. (en línea) <http://www.acalerte.com>.
- BALLESTEROS, JC; MEGÍAS, I, Y RODRIGUES, E. *Jóvenes y emancipación en España*. Madrid: FAD. 2012
- BUDOWSKI, M.; AMACKER, M.; KEIM, W.; TILMAN, R. Conceptualizing "precarious prosperity": Empirical and theoretical elements for debate. *International Journal of Comparative Sociology*, 51(4) 268-288. 2010.
- CANTÓ, O. "El impacto de la crisis económica sobre los hogares más desfavorecidos". *Revista española del Tercer Sector* nº 15, 2010. Disponible en <http://www.fundacionluisvives.org/rets/15/index.html>.
- CARBONERO, M. A. (1997). *Estrategias laborales de las familias en España*. Madrid: Ces.
- CARITAS. "La fractura social se ensancha. Precariedad y cohesión social". *Boletín de Análisis y Perspectivas*. Madrid: Caritas. 2014.
- CASTEL, R. *La metamorfosis de la cuestión social: una crónica del salariado*. Buenos aires: Paidós. 1997
- COLAU, A; ALEMANY, A. 2007 – 2012. *Retrospectiva sobre desahucios y ejecuciones hipotecarias en España, estadísticas oficiales e indicadores*, 2013 (en línea) <http://afectadosporlahipoteca.com/publicaciones-pah/>.
- CROW, G. The use of the concept of 'strategy' in recent sociological literature. *Sociology*. 23,1-24. 1989
- DURKHEIM, E. *La división del Trabajo Social*. Madrid: Akal. 1893 (Edición consultada: 1987).

ESPING-ANDERSEN, G. *Fundamentos sociales de las economías postindustriales*. Barcelona: Ariel. 1999. (Edición consultada en castellano: 2000)

EUROSTAT, <http://ec.europa.eu/eurostat>

Survey of Incomes and Living Conditions (SILC)

EVERS, A. Shifts in the welfare mix: introducing a new approach for the study of transformations in welfare and social policy. En Evers, A.; Wintersberger, H. (eds), *Shifts in the Welfare Mix: Their Impact on Work, Social Services and Welfare Policies*. Vienna: European Centre for Social Welfare Training and Research. 1988

FERNÁNDEZ, G.; MARTÍNEZ-VIRTO, L.; PÉREZ-ERANSUS, B.; PÉREZ-MAYO, J.; SÁNCHEZ, E. (2014). *¿Qué hacemos contra la pobreza?*. Madrid: Grupo AKAL.

Fundación “La Caixa”, 2012.

GALLIE, D.; PAUGAM, S. (EDS.) *Regímenes de bienestar y de la experiencia del desempleo en Europa*, Oxford: Oxford University Press. 2000

GENTILE, A. De vuelta al nido en tiempos de crisis. Los boomerang kids españoles. *Revista de Estudios de Juventud*, N.º. 90. págs. 181-203. 2010.

GILI, M., ROCA, M., BASU, S., MCKEE, M., STUCKLER, D. “The mental health risks of economic crisis in Spain: Evidence from primary care centres, 2006 and 2010”. *European Journal of Public Health*, 23 (1), pp. 103-108. 2013.

GUTIÉRREZ, A. *Pobre, como siempre: Estrategias de reproducción social de la pobreza*. Córdoba, Argentina: Ed. Ferreira. 2005

INE. Nota de prensa sobre Defunciones según la Causa de Muerte en el año 2012. (en línea). [www.ine.es/prensa/np830.pdf](http://www.ine.es/prensa/np830.pdf).

INE. Nota de prensa sobre la Encuesta a personas sin hogar en el año 2012. (en línea). <http://www.ine.es/prensa/np761.pdf>

INSTITUTO ESPAÑOL DE ESTADÍSTICA (INE), <http://www.ine.es>

Encuesta Continua de Hogares (ECH)

Encuesta de Condiciones de Vida (ECV)

Encuesta de Estructura Salarial (EES)

Encuesta de Personas sin Hogar del Instituto Nacional de Estadística (EPSH)

Encuesta de Población Activa del Instituto Nacional de Estadística (EPA)

Encuesta de Presupuestos Familiares (EPF)

Estadística de nulidades, separaciones y divorcios

LAPARRA, M. y PÉREZ, B. (coord.) *El primer impacto de la crisis en la cohesión social*. Fundación Foessa. Madrid: Cáritas, 2011.

LAPARRA, M.; PÉREZ, B. (coord.) *Crisis y fractura social en Europa: Causas y efectos en España*. Colección de estudios sociales nº 35. Barcelona: Obra social La Caixa, 2012.



- LAPARRA, M.; PÉREZ-ERANSUS, B.; SARASA, S.; RENES, V.; PÉREZ-YRUELA, M.; TRUJILLO, M.; SUBIRATS, J.; OBRADORS, A. "Una propuesta de consenso sobre el concepto de exclusión social". *Revista del Tercer Sector*, n. 5 Enero-Abril 2007.
- LASHERAS, R.; MARTÍNEZ-VIRTO, L. "Crisis concatenadas: impactos de la recesión en las condiciones de vida". *Revista Inguruak* nº 53-54. Pp 682-693. 2013 AVSP: Bilbao.
- LASHERAS, R.; MARTÍNEZ-VIRTO, L.; AZCONA, P. "Condiciones de vida, estrategias e itinerarios de exclusión de los hogares en Navarra". En CORERA, C.; LAPARRA, M.; PÉREZ-ERANSUS, B. (coord.) *Informe sobre el impacto de la crisis en los hogares en situación de exclusión en Navarra*. Traficantes de sueños. Villatuerta: Gráficas Lizarra. 2012.
- LEVITAS, R.; PANTAZI, C.; GORDON, D. *Poverty and social exclusion in Britain: the millennium survey*. Bristol: Policy Press. 2006
- LIBRO VERDE UE. Mejorar la salud mental de la población. Hacia una estrategia de la Unión Europea en materia de salud mental. 2005. (en línea) [http://www.ec.europa.eu/green-papers/index\\_es.htm](http://www.ec.europa.eu/green-papers/index_es.htm)
- LOPEZ, T: *Análisis de los comportamientos socioeconómicos de las familias en España*. Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad, 2013. (en línea) <http://www.msssi.gob.es/ssi/familiasInfancia/parentalidadPos2012/docs/TeresaLopez.pdf>
- MARTÍNEZ-VIRTO, L. *Sobreviviendo a la crisis: estrategias de los hogares en dificultad*. Barcelona: Ediciones Bellaterra, 2014.
- MARTÍNEZ-VIRTO, L.; LASHERAS, R.; PÉREZ, B; LAPARRA, M. (2013): "Indicaciones para intervención del trabajo social en situaciones de riesgo y pérdida de vivienda y escala de apoyo para la elaboración del modelo de informe social". En LIMA, A (coord.): *Trabajo Social e intervención en situaciones de riesgo de pérdida de vivienda. Colección Herramientas e Instrumentos del Trabajo Social*. Madrid: Consejo General del Trabajo Social
- MEIL G. *Individualización y solidaridad familiar*. Colección de estudios sociales nº 32. Barcelona: Obra social La Caixa, 2011.
- MORENO, A.; A. LÓPEZ-PÉLAEZ Y A. SESGADO. *La transición de los jóvenes a la vida adulta*. [Crisis económica y emancipación tardía](#), Barcelona: Obra Social
- MORENO, L. y MARI-KLOSE, P. Youth, family change and welfare arrangements Is the South still so different?. [European societies, Volume 15, Issue 4:493-513.2013](#)
- OBJOVI. Informe del observatorio de Emancipación elaborado por el consejo de la juventud de España nº 4, Cuarto trimestre 2013. (en línea) <http://www.cje.org/descargas/cje5225.pdf>
- PAUGAM, S. (1994). *La Disqualification sociale : essai sur la nouvelle pauvreté*. Paris : Presses universitaires de France.
- PÉREZ ERANSUS, B. [La erosión del efecto amortiguador de las políticas sociales en la España. VII Informe sobre desigualdad y exclusión social en España 2014](#). Foessa: Madrid
- SARASA, S. y MORENO, L. *Los Estados de Bienestar en la Europa del Sur*. Politeya nº7. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1995.
- SIMMEL, G. Digressions sur l'étranger. En Grafmeyer, Y.; Joseph, I. *L'Ecole de Chicago*. Paris: Aubier Montaigne, 53-59. 1908 (Edición consultada: 1990).
- SIRVENT, C. (2013). La crisis. Mi crisis. (Infortunio social y consecuencias psiquiátricas). Norte de salud mental, 2013, vol. XI, nº 45: 111-116.

TAYLOR-GOOBY, P. *New Risks, New Welfare: The Transformation of the European Welfare*. Oxford: Oxford University Press. 2004

TFW (2014): Barómetro de la familia, situación y perspectiva. Instituto Internacional de estudios sobre la Familia. Disponible en <http://www.thefamilywatch.org/BarometroTFW2014RE.pdf>

WALTHER, A. y STAUBER, B. *Misleading Trajectories. Integration Policies for Young Adults in Europe?*. Leske + Budrich Editors. 2002.

WEBER, M. *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica. 1956 (Edición consultada: 1964).

ZUGASTI, N. El desempleo expande la exclusión social. VII Informe sobre desigualdad y exclusión social en España 2014. Foessa: Madrid

## 9. Acrónimos

ECV: Encuesta de Condiciones de Vida del Instituto Nacional de Estadística.

EES: Encuesta Anual de Estructura Salarial

EINSFF: Encuesta sobre Integración y Necesidades Sociales de la Fundación Foessa

EPA: Encuesta de Población Activa del Instituto Nacional de Estadística.

EPF: Encuesta de Presupuestos Familiares del Instituto Nacional de Estadística.

EPSH: Encuesta de Personas sin Hogar del Instituto Nacional de Estadística.

FOESSA: Fundación para el Fomento de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada

PAH: Plataforma de Afectados por la Hipoteca

SILC: Survey of Incomes and Living Conditions de Eurostat



**FUNDACIÓN FOESSA**  
FOMENTO DE ESTUDIOS SOCIALES  
Y DE SOCIOLOGÍA APLICADA



***Caritas***